



Premios DEMAC 2023



Para mujeres que
se atreven a contar
cómo han vivido ser mujer

Premios DEMAC 2023

Para mujeres que se atreven a contar cómo han vivido ser mujer

Ganadora

Jaqueline Monserrat Bohórquez Salinas

Menciones honoríficas

María Concepción Bautista Vázquez

Cisne blanco

La Zarzamora

Martha Andrea López Hernández

Mariel de la Selva

Náyades Pegeas

Sitlali Uexnemi

María Eugenia Velásquez Trejo

Premios DEMAC 2023



México, 2023

Edición electrónica, México, agosto de 2023

Premios DEMAC 2023

Para mujeres que se atreven a contar cómo han vivido ser mujer

Por:

Jaqueline Monserrat Bohórquez Salinas

María Concepción Bautista Vázquez

Cisne blanco

La Zarzamora

Martha Andrea López Hernández

Mariel de la Selva

Náyades Pegeas

Sitlali Uexnemi

María Eugenia Velásquez Trejo

Editado por

Documentación y Estudios de Mujeres, A.C.

José de Teresa 253, Col. Campestre.

Alcaldía Álvaro Obregón,

01040, Ciudad de México,

Tel. 55 5663 3745

Correos electrónicos: demac@demac.org.mx

librosdemac@demac.org.mx

ISBN: Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualesquiera de los medios —incluidos los electrónicos— sin dar el crédito correspondiente a la fuente. En todo caso se hará sin fines de lucro y se deberá contar con la autorización por escrito.

Índice

PRESENTACIÓN	5
ÁNGELES SUÁREZ DEL SOLAR	
PROHIBICIONES SOCIALES, RELIGIOSAS Y DE FAMILIA; EL INCESTO Y SUS SECRETOS.....	7
JAQUELINE MONSERRAT BOHÓRQUEZ SALINAS	
BETIK / SENDAS	19
MARÍA CONCEPCIÓN BAUTISTA VÁZQUEZ	
DECISIONES.....	27
“CISNE BLANCO”	
ABRIENDO EL COFRE.....	39
“LA ZARZAMORA”	
¿CÓMO SER NIÑA? PORQUE MUJER, SIEMPRE HE SIDO	48
MARTHA ANDREA LÓPEZ HERNÁNDEZ	
¿PERTENECER?	58
“MARIEL DE LA SELVA”	
FARO DE LUZ.....	67
“NÁYADES PEGEAS”	
SER INDÍGENA.....	81
“SITLALI UEXNEMI”	
LA METAMORFOSIS DE LA ORUGA.....	93
MARÍA EUGENIA VELÁSQUEZ TREJO	

Presentación

Pensar en cómo he vivido ser mujer no ofrece respuestas fáciles y rápidas. Son muchas las aristas por las que puedo hallar explicaciones, descripciones, evocaciones. Pero, sobre todo, implica tocar mi entraña, mi corazón, mi memoria. Hacerlo por escrito implica un ejercicio de autorreconocimiento, atrevimiento y, finalmente, liberación.

Ese periplo íntimo es el que han recorrido las nueve autoras cuyos testimonios se reproducen en este libro.

Las suyas son historias de abusos, son pasajes escalofriantes que describen mil formas de violencia. Al leerlas, sus palabras nos duelen, nos indignan, nos rebelan.

Sus escritos desnudan la internalización de las consignas misóginas, la normalización de la violencia hacia las mujeres, inercias que suelen traducirse en un sentimiento de culpa por haber sido violadas, por ejemplo, obligándolas a callar, a ocultar sus vivencias.

No deja de asombrar cómo el esquema de violencia se repite de generación en generación, a pesar de la ilusión ingenua de que esos paradigmas han quedado por fin en el pasado.

Si bien encontramos que para las autoras de este libro ser mujer significa, en el sentido tradicional, vivir sometidas a las conductas machistas, también constatamos una gran capacidad de sobrevivencia. En estos textos nos encontramos con madres que aún sin haber podido escapar ellas mismas a la violencia, alentaron y apoyaron a sus hijas para que ellas sí lo hicieran. Mujeres fuertes, inteligentes, capaces de vencer la prohibición de callar, de transgredir las limitaciones impuestas y, en última instancia, vivir con mayor amplitud.

Tres testimonios describen de manera particular la condición de mujer en el contexto de los pueblos originarios, así como las trabas, los rechazos y menosprecios que ellas deben enfrentar para integrarse al resto de la sociedad. Por fortuna, sus textos muestran asimismo cómo finalmente no sólo vencieron esos obstáculos, sino que hoy dedican su energía a un trabajo social para eliminarlos.

Accedemos a la realidad en otras condiciones, como el de la doctora que nos hace palpar la crudeza de la violencia laboral. O el de la mujer con discapacidad motriz. O el efecto condenatorio sufrido por la víctima de incesto violatorio o de abuso sexual infantil... No, no nos podemos hacer a un lado ante estas vivencias que sabemos que no solo son reales, sino múltiples.

Vivir con estas mujeres sus relatos no implica meramente condolernos de sus pesares; también nos exige darnos cuenta de cuántos rasgos misóginos hemos internalizado y reproducido nosotras mismas.

Hacer que más personas las conozcan, se conmuevan y se muevan para poner coto a esa fuerza devastadora es el propósito de este concurso y de esta publicación.

Con motivo del Día Internacional de la Mujer, DEMAC lanzó la convocatoria a los *Premios DEMAC 2023. Para mujeres que se atreven a contar cómo han vivido ser mujer*, con la intención de sumarnos a la conmemoración de ese día, con testimonios vívidos, cotidianos, sinceros, que le dan peso y claridad a los datos estadísticos y a los análisis teóricos.

Recibimos 236 textos —procedentes de 26 estados del país, así como de Estados Unidos y Argentina—, todos muy elocuentes y reveladores. En este libro incluimos el texto ganador del premio más ocho acreedores a mención honorífica.

Con la esperanza de tocar conciencias y de contribuir a un cambio favorable para las mujeres, va este “golpe de realidad”.

Ángeles Suárez del Solar

Prohibiciones sociales, religiosas y de familia; el incesto y sus secretos

Jaqueline Monserrat Bohórquez Salinas

Dedicatoria

A todas las niñas que tuvieron que actuar como mujeres “maduras”, silenciando su propia voz, pensar y sentir. A aquellas niñas que no pudimos reír, jugar, vivir y soñar porque teníamos problemas de violencia, padres ausentes, madres frustradas y familias que solapaban violadores.

Agradezco a DEMAC porque comenzar a realizar este ejercicio discursivo me ha parecido bastante complejo, ya que nunca tuve espacio para expresar mi sentir como mujer. No sé si debía contar todo, ser demasiado formal, qué palabras usar, así que, sólo voy a narrar —sin emplear un lenguaje “colorido”— cómo han sido las partes más aflictivas de mi vida.

No podría terminar por describir a detalle todo lo recorrido porque es desgastante aprender de una manera violenta, así que he seleccionado y hecho hincapié en las partes que yo siento más vulnerables en mí.

En el texto no usaré los nombres originales, ni escudriñaré alguna información que pueda mostrar algo de mi familia, en especial de mamá, porque no se merecen ser señaladas de nuevo.

Escribir este texto fue un poco sanador, pero también melancólico porque volví a revivir el pasado que ya no quiero.

De niña, la primera experiencia que me enseñó mi madre para ser mujer fue a guardar silencio. El no poder disfrutar esa etapa de la vida me hizo darme cuenta del por qué hoy en día todos me ven como una persona enojona, cuadrada, controladora y que siempre está a la defensiva. Toda mi vida me he criado en Oaxaca, de hecho, mi familia es de Miahuatlán de Porfirio Díaz, aunque mis demás hermanas y yo nacimos en Puebla, esto fue porque mi padre para retener a mi madre le robó a su segundo hijo, por lo que, para volver a verlo tuvo que regresar a vivir con él. Esa siempre ha sido la respuesta a la pregunta que continuamente le hacía a mamá cuando era pequeña ¿Por qué nacimos en Puebla si toda la familia es oaxaqueña?

Oaxaca es un lugar muy católico, en consecuencia, tengo una familia sumamente religiosa, por lo que, casi todo lo que en mi “hogar” se hacía era pecado y no lo podía comprender. Cuando era niña yo tenía fuertemente prohibido decir quién era mi papá, cómo se llamaba e incluso mencionar mis apellidos. Desde que tenía cuatro años, mamá nos preparaba poco antes de entrar al kínder para no decir nada acerca de nuestra identidad, pero esto se debía a que papá es tío de mi mamá, porque es hermano de mi abuela materna y a la vez mi tío abuelo, además la abuela es mi tía y mi madre es mi prima. Todo esto resultaba muy confuso para alguien de mi edad, pero sabía que si no cumplía lo acordado sufriría mucho por decirlo, así que, el incesto se volvió parte de mi vida y sin que yo fuera consciente se volvió un secreto.

No podría describir con exactitud cómo es que se me obligó a callar algo así, por qué ni mis hermanas, madre o yo transgredimos las “reglas” impuestas.

Papá abusó de la confianza de su hermana y de la inocencia de mi madre. En ese entonces ella tenía catorce años cuando salió embarazada de su primera hija y él tenía más de treinta. Mamá tuvo siete hijos, de los cuales dos murieron y hoy en día seguimos vivas cuatro mujeres y un hombre. Casi todos tuvimos problemas al nacer y era obvio porque mis padres son familia.

Aparentemente éramos muy unidos, pero en realidad fue porque a mamá no le quedó de otra que quedarse con mi padre porque sus propios hermanos

(que son mis primos y a la vez mis tíos) la señalaban por ese acto tan atroz que hizo y como la peor de la familia.

Decidí comenzar describiendo la relación de mi madre y padre porque es lo que me sigue marcando, incluso antes de nacer. Yo soy la penúltima de mis hermanas. Como no dio tiempo de que me llevaran a un hospital o de que llegara la ambulancia nací en la casa el 27 de septiembre de 1992. Nosotros vivíamos en las afueras de Puebla, bueno, pasando el cruce del estadio. Papá compró una casa por esa zona, aunque él nunca estaba porque se iba al Distrito Federal a trabajar y regresaba los fines de semana, así que siempre dejaba a mamá y a nosotros ahí. En realidad, lo hacía para que mamá no escapara o se fuera de su lado por eso escogió una ciudad desconocida porque no sabría moverse, pedir ayuda o regresar a Oaxaca.

En el tiempo que estuvimos en Puebla, mamá se hizo amiga de una señora que se llama Lupita, fue su vecina y comadre, la mujer que ayudó a recibirme al mundo y que le estaré eternamente agradecida porque gracias a ella mamá no estuvo tan sola. Mi madre siempre sentía incertidumbre estando allá porque no sabía si volvería a ver a su familia o salir de ese encierro, había días que lloraba y nadie estuvo ahí para ella.

Mamá me decía que nunca hacía ruido cuando era bebé, incluso tenían que despertarme para que comiera, razón por la cual tengo la parte parietal de mi cabeza plana. Es cierto que no solía llorar, pero cuando lo hacía dicen que me ponía morada y dejaba de respirar. Mi madre no sabía qué hacer y en alguna ocasión se lo contó a una vecina y ella le dijo que me metiera en un tambo de agua helada y con eso se me quitaría. Tal cual le dijeron qué hacer, ella lo llevó a cabo y “fue el santo remedio” para que nunca lo volviera a repetir.

Cuando me lo contó comprendí por qué tenía la capacidad de ponerme morada de la nada y nunca quejarme por algo.

A los dos meses que nací mi hermano casi pierde la vida, esto debido a que se enfermó de hepatitis y le dio una bacteria en el intestino por lo que tuvieron que operarle de emergencia y cortarle parte del intestino, durante ese tiempo mamá nunca me dio pecho, tampoco me cargaba, dejaba las mamilas llenas de

papilla para que mi hermana mayor (de cinco años) me las diera cada día, pero a veces entre mis hermanas se las comían, así que podía pasar todo el día sin comer. Mamá no tuvo quién la ayudara porque estaba aislada, así que mis hermanas mayores estuvieron a “cargo”.

Mi segundo aprendizaje como mujer fue el de sentirme sola, estando acompañada. Conforme fui creciendo me di cuenta de todas las transgresiones que tuvimos mi madre, mis hermanas y yo. Nunca pudimos pedir ayuda y nadie de la “familia” nos la daba porque éramos resultado de un pecado y de la vergüenza. Cuando mi hermano se recuperó totalmente y pasando otro año para que se calmaran las aguas en Oaxaca, papá y mamá decidieron regresar con cuatro hijos y una en camino. Fue la primera vez que tuvimos contacto con la “parentela”, pero no tenía caso porque debía mantenerse en secreto lo del incesto. Nunca tuve la oportunidad de tener a alguien tan cercano, debido a que, todos preguntaban por mi papá y debíamos responder que no teníamos y que mamá era madre soltera.

Toda esa situación siempre fue incómoda, pero se connotó más cuando mi hermana la menor nació con enanismo y con seis dedos en cada mano y pie. Ese era el claro ejemplo de que “Dios te castiga a ti y a tu descendencia” dichas palabras las escuchamos muy seguido y aún sigo pensando en que no es nuestra culpa, pero otro aprendizaje que adquirí siendo mujer es el de la lucha constante que tenemos que hacer para dejar de ser señaladas. La religión ha contribuido a que las personas introyecten cómo señalar, castigar y matar sin saber por qué.

Mi abuela —la madre de mi mamá y hermana de mi padre—, nunca nos quiso, de las tantas veces que nos hizo sentir miserables fue cuando se dieron cuenta que yo era zurda. Otro problema a la agenda porque después de lo que pasó y ya en Oaxaca, mamá siempre buscó la aprobación de su madre y cuando la abuela se enteró de mi “condición” dijo que era pecado, por lo que tuvieron que amarrar mi mano, tenía prohibido escribir o hacer cualquier cosa con mi lado izquierdo, incluso, si lo llegaba hacer, en el dorso de mis manos me enterraban los lápices o me las colocaban en la lumbre.

No sé por qué, pero papá nunca se dio cuenta que mamá nos pegaba, aunque no la juzgo porque tenía tanta presión en sus hombros. Finalmente, mamá entendió que yo era así, dejó de amarrar mi mano, de pegarme para que escribiera “bien” y aunque dejaron de hacerlo sigo poniendo las palabras y letras al revés, aprendí hacer las cosas con ambas manos, aunque con el tiempo dejé de escribir con la derecha. Para “reparar” lo sucedido, papá me hacía mis sillas de madera, especiales para zurda (él nunca tuvo problemas con que yo fuera “chueca”) y mamá compraba tijeras especiales para mí, al final me dejaron ser y ahí aprendí que uno debe quedarse a reparar lo que quebró y lastimó.

Ser zurda fue una etapa complicada, por un lado, tenía que sumarle a los problemas del lenguaje, el que no hablara y cuando lo hacía tartamudeaba, por otro lado, tenía un TOC que no sabía lo que era y en sí no estaba diagnosticado, porque en ese entonces era muy difícil conseguir un psicólogo que tuviera cierto conocimiento de ello. Cuando ya estaba en la carrera supe lo que era (un TOC) y la valoración, sin embargo, desde los cinco hasta los quince años fui inconsciente del daño que realizaba y me hacía, aunque sabía que algo no era “normal” porque planchaba las sábanas de mi cama, ropa y calzoncillos, dormía sin moverme, no pisaba las rayas, tenía que contar y en pares, nadie podía tocarme porque no sentía la simetría, siempre usaba blanco, lavaba los trastos de nuevo, todo debía estar acomodado de manera armoniosa y perfecta, si veía que alguien más hacía las labores del hogar, yo las realizaba por segunda vez ya que no confiaba en su “pulcritud”. Actuar así era y se volvió una necesidad que debía detener porque lastimaba a los demás sin usar palabras, ya que con acciones prácticamente les decía “inútiles”, pero de ningún modo ese fue mi propósito. Si paraba de hacerlo sentía una ansiedad muy fuerte, pensaba que algo malo pasaría y sentía una fuerza increíble en mis manos, pero nadie debía verme “perdiendo” el control, así que aprendí a regularme por mí misma, aunque nunca expresé cómo me sentía porque la gente decía que estaba “loca”. Cuando me di cuenta de que ni mis hermanos querían estar a mi lado comencé a modificar eso, nunca pude quitármelo, pero al menos ya no hacía las cosas dos veces, tampoco me cercioraba que estuvieran a la perfección y dejé de herir a los demás, ahora me

dañaba en silencio por no ser como mi mente quería y aún siento ese hueco en mí que me dice que me traicioné por no ser libre, pero sólo era una niña.

Mientras eso pasaba en mi mente y en mi vida, en casa, mamá cargaba una piedra ajena muy grande porque seguía al lado de papá y ese señalamiento sólo acabaría si por fin lo dejara. Ella fue una niña cuando pasó todo, no tenía estudios, nunca vivió en familia, mucho menos con su madre ni padre, no sabía lo que era tener una. La misma frustración la orilló muchas veces a golpearnos, quemarnos o decirnos palabras muy hirientes; hasta que por fin se separó de papá las cosas cambiaron, recuerdo que yo tenía diez años y ya hace veinte que viven muy felices sin volverse a ver de otra forma. En casa, cada uno tuvo un papel diferente al otro, las responsabilidades no estuvieron repartidas de manera “justa” o equitativamente, pero no había de otra si queríamos salir “adelante”.

De las primeras cosas que hizo mamá fue llevar a todas sus hijas a la playa, lo recuerdo perfectamente porque fueron las primeras vacaciones que teníamos y era como celebrar el triunfo de la soledad que ella deseaba. En dicho viaje, nos acompañó la mejor amiga de mamá y sus dos hijas que también eran nuestras mejores amigas, todas fuimos muy felices de estar frente al mar. Esa travesía fue muy bella porque íbamos ocho mujeres, aunque también un poco angustiante porque nuestra hermana menor se perdió por horas y pensamos que se la había llevado el mar, hasta que vimos a la “chaparrita” del otro lado caminando como si nada pasara.

Aparentemente comenzaba lo “bueno” de la vida, claro que, costaría esfuerzo, lágrimas y voluntad. Mamá comenzó a trabajar y mientras lo hacía estudiaba la “prepa” abierta. Durante ese tiempo, a mi hermana de once años y a mí de diez nos dejaron a cargo de la cocina, comida, trastos y limpieza del hogar. Es cierto que teníamos a los dos mayores, pero sólo ellos podían darse el “lujo” de seguir en cursos de inglés, karate y fútbol. Nosotras dos tuvimos que cargar con lo “doméstico” y en muchas ocasiones a mamá no le gustaba cómo lo hacíamos, por ejemplo, si a la comida le faltaba sal o nos pasábamos nos pegaba y nos tiraba las ollas hasta que saliera bien o hasta que ella se cansara de regañarnos. Así transcurrió por años, pero sabíamos que era por ayudar a mamá,

aunque ese tipo de trabajo no nos correspondía, era cansado y estábamos hartas de hacer cosas de mayores yo sólo quería jugar y vivir sin preocupaciones a esa edad.

Cuando mamá terminó la preparatoria, en tan poco tiempo de haber dejado a papá, logró juntar para los quince años de mi hermana, y, posteriormente comprarse su primera camioneta. Nosotros estábamos muy felices porque nuestra madre ya podía llevar a sus cinco hijos a comer, pasear, de viaje o de compras. Siempre recordaré esa camioneta porque mamá anhelaba tanto salir con sus hijos que la compró sin saber manejar y nadie quiso enseñarle, así que se armó de valor y dijo “Súbanse ¿cómo chingados no voy a saber y aprender? Si tuve tanto chamaco ¿que no pueda esto?”. Ahí aprendí la fuerza que todas las mujeres llevamos dentro, pero que se nos obliga a reprimir o desaparecer. Cada día que pasaba, respetaba y admiraba más a mamá, siempre ha sido mi más grande ejemplo de vida. Al final, si chocamos, fue un golpe mínimo, pero mamá aprendió que ese era el objetivo.

Nos estaba yendo de maravilla por el esfuerzo que todos hacíamos, aunque eso duró muy poco porque los rezagos del “pecado” nos alcanzaron.

Un día el hermano de mamá llegó a la casa muy molesto casi tirando la puerta, mi madre le abrió y ese fue su peor error porque comenzó a gritar que mi madre era una “puta”, que se había metido con el tío, la jaló del cabello y la estampó contra su camioneta, nosotras salimos corriendo y yo lloraba mucho porque no entendía lo que pasaba y cómo es que ese pendejo se sentía con el derecho de lastimar a mamá.

Mientras veía que su hermano la golpeaba sentí por primera vez ese miedo inmenso que cala, que te llena de incertidumbre porque no sabes si seguirá viva tu madre y que en frente de ti la maten. Por un momento me paralicé, no supe qué hacer, a veces sigo siendo muy dura conmigo porque no hice nada más que llamar a mi hermana de doce, decirle lo que pasaba, ella salió corriendo, agarró un bate de roble que teníamos en casa, golpeó al señor en la cabeza y espalda hasta que soltó a mamá, fue ahí cuando nos metimos corriendo a la casa. El tío rompió las ventanas y golpeó la camioneta, pero mamá seguía con vida y eso era

lo importante. Ese día mamá lloró mucho, nos abrazó y por varios días, semanas y meses, tuvimos miedo de que volviera a pasar porque ese tipo estaba loco y era violento.

Siempre me dio miedo ese señor porque medía como 1.90 y tenía mucha fuerza. Años después mamá nos contó que, de niño, su hermano mataba a los pajaritos, decía que se iba a suicidar, vendió varias cosas de su madre y de las cosas más fuertes que hizo fue violar a una prima hermana que tengo.

Como yo no hablaba, ni solía moverme del lugar donde me dejaban y mucho menos me quejaba o pedía cosas, mamá me llevaba a todos los lugares que iba, incluyendo a pláticas con las tías, su mamá, primos, etcétera. Por dicho motivo siempre escuché conversaciones que no me correspondían para la edad que tenía y ahí me enteré de que ese tío —quien la golpeó—, violó a su propia sobrina (hija de su hermana mayor). Todos sabían y nadie hizo nada, al contrario, la abuela lo procuraba, decía “mi hijo tan bello”, le daba dinero, siempre alcahuetó a sus hijos hombres.

Años después ese señor se fue a Puerto Escondido a “trabajar” y nunca más se supo de él. Lleva como quince años de desaparecido, ya lo damos por muerto y la verdad nadie lo extraña. Lo único que quedó de él y su recuerdo fueron fotos viejas que plasman de manera cínica su atrocidad contra aquella niña, mi prima, con cara triste, sentada en las piernas de ese depravado y él sonriendo.

De los sentimientos más tristes que he tenido como niña y mujer es el de la impotencia, por escuchar, saber y no poder hacer algo porque nunca tuve voz. Cada día que transcurría sentía desasosiego —me preguntaba ¿qué no era necesario hablar?—, sentía no ser parte de nada, porque había tantas personas transgrediendo que siempre preferí la soledad. Simplemente me cansé de escuchar a todos, a la “familia” que se la pasa predicando amor y salmos, pero que son muy fariseos.

Son tantas cosas que no puedo ordenar mi cabeza, así que trataré de retomar el hilo. Mamá comenzó a escalar tan alto, que incluso, después de la golpiza que le dio su hermano, no paró y ya se encontraba estudiando en la

universidad, eso hizo que entrara a trabajar a una dependencia de gobierno. El tiempo se fue tan rápido que yo, ya me encontraba en primero de bachillerato, mis demás hermanos estudiando y mamá no paraba porque ahora nos íbamos a mudar, había comprado casa nueva. Esa mujer toda su vida ha trabajado para darnos lo mejor y nunca nos faltara nada. Ese camino de enseñanza fue muy duro porque papá desde hace años atrás no daba dinero para comida, ropa, viajes, zapatos, básicamente lo que necesitábamos. Con todas esas obligaciones mi madre se las apañó sola y era obvio que tenía cierta presión que descargaba con nosotras ya que nos pegaba muy feo; con sartenes, cables de plancha, ganchos, nos azotaba con lo que encontrara, pero yo siempre entendí que era esa presión por haber sufrido tanto.

Entre más crecíamos y mamá más poseía, mis hermanos se iban de la casa, ya no querían estar con mamá.

Al final, la única que se quedó con ella fui yo y no todo era malo, claro que no, porque teníamos momentos muy bonitos, pero siempre pesó eso, el carácter de mamá.

Papá no daba dinero para nada y cada que lo íbamos a visitar hablaba pestes de mamá, no sé cómo es que se atrevía a decir que era una “puta”, una “cualquiera”, que por eso sus hijos no la querían porque estaba “neurótica”. Yo me enojaba porque se refería a ella de esa manera y si la defendía se encolerizaba, incluso me decía eres igualita a ella, aunque de manera física sí lo soy, pero cada que pasaba a su casa era a la que menos quiso porque le recordaba su pecado y su tentación que fue mi madre. Nunca le dije a mamá lo que él decía porque no tenía caso, de todos modos, ella siempre se dio cuenta.

El 9 de octubre del 2011 cayó en domingo, lo recuerdo porque ese día mamá y yo fuimos a misa, saliendo nos invitó a desayunar una vecina, por lo que, fuimos a comprar comida al mercadito. Aparentemente, no hice bien un mandado, así que comenzó a gritarme muy feo, decirme cosas durante todo el recorrido y ya llegando a casa me dijo que ojalá no hubiera nacido y que prefería que estuviera muerta.

Yo no aguanté y comencé a llorar desconsoladamente, pero tenía que dejarlo pasar porque íbamos a desayunar en casa de la vecina, me tragué mi tristeza, comí y volvimos a salir con ella y otra amiga de mamá para comprar telas, objetos de manualidades y herramienta para el día de muertos. Casi finalizando las compras, al medio día sentí que me pulsaba el ojo, pero no le di importancia, hasta que una de sus amigas me vio y notó que no podía mover la mitad de mi cara porque me estaba dando una parálisis facial.

Cuando me dio mi primera parálisis tenía 18 años, el neurólogo me dijo que estaba demasiado joven, que él nunca había visto algo así a mi edad. En aquella ocasión también se le preguntó por qué daban y sólo respondió que aún no se hallaba la causa, pero que podría ser por el clima, por un fuerte coraje o desborde de emociones por no decir las cosas.

Desde entonces aprendí a no callar y comencé reivindicando lo que yo debía ser y no lo que se me imponía, quizá mi mente nunca habló, pero mi cuerpo se hartó de callar. Al siguiente año, me dio otra parálisis de extremidades, al tercer año me diagnosticaron con fenómeno de Raynaud y cianosis periférica. Ninguna tiene cura, pero es tratable. Nunca les comenté a los doctores que me trataron de que en mi familia hubiera incesto, porque ya sabía que tanta enfermedad también está asociada a que se tenga la misma consanguinidad.

Después de todo eso comencé a ser plena, a luchar por lo que quería, a ya no callar, aunque me costaba mucho porque significaba poner límites, desgastarse y la enfermedad no iba a desaparecer de la nada.

Al paso de los años, cuando terminé mi carrera, entré a otra etapa en la que pude encontrar el amor. Yo estaba segura de que esa persona era para mí, así que luché, enfrenté a mi familia y a la suya, aunque todos se oponían a nuestra relación. Cuando mi papá se enteró que era una mujer con la que pensaba casarme, me llamó, me sentó y me dijo “no estoy de acuerdo, no iré a tu boda, que lo que estaba haciendo era “pecado”, que, si yo la dejaba en el altar y renunciaba a ella, me iba a dar lo que nunca me dio y que a mis hermanos sí”.

Yo no podía creer lo que estaba escuchando, no tenía lógica y menos congruencia porque él abusó de una menor, cometió estupro hacia mi madre e

incesto, a parte, eso sí está penado en la ley del hombre y de Dios. Me quería venir a decir lo que era correcto cuando él nunca fue honesto. Nunca me sentí tan fuerte como aquella vez, porque siempre he sabido lo que quiero y nadie me lo iba a impedir porque estaba harta de esconderme, de los secretos, del vacío y la negación.

Hoy en día, aprendí a vivir con mis padecimientos, me enfoqué en lo que quería y ahora intento construir una vida fuera de la violencia.

Eso ha sido muy difícil, porque al final sí me casé, pero con ayuda de mi esposa la carga se ha aligerado y al fin estoy recibiendo el amor que siempre busqué. En pocas palabras, esta sería mi tercera prohibición y pecado en vida, ser hija del incesto, zurda y lesbiana, la triada perfecta que siempre me recuerda a esos actos revolucionarios que nos ayudan a ser valientes.

Betik / Sendas

María Concepción Bautista Vázquez

Mi lengua materna es la maya tsotsil, que en el contexto familiar siempre estuvo y ha estado presente en nuestra esencia cultural y cosmovisión desde mi infancia.

La falta de oportunidad al interior del pueblo tsotsil, de donde somos originarios mi madre, padre y yo, así como la condición precaria, nos obligó a situarnos en un contexto diferente al contexto natural de nuestro origen, viviendo de esta manera —desde pequeña— entre dos culturas, la mestiza, para mi llena de retos y el entorno de un pueblo tsotsil que alimentaba mi espíritu en la infancia. De manera natural se desarrolló en mí este aprendizaje del español, además que era necesario para poder comunicarme.

Era como muy común que los otros niños se burlaran porque escuchaban extraño hablar tsotsil y era como la niña india en la escuela, y no solo los niños también viví discriminación de parte de algunas maestras porque al pasar al pizarrón para completar alguna oración no sabía que colocar, aunque tenía la respuesta, tener ese contexto discriminatorio me hacía titubear. Para superarlo, resistí y tomé como reto el mejorar mi desenvolvimiento en español de manera paralela con mi lengua de origen, impulsado ese proceso por mi madre que decía que ninguna lengua es superior a otra, “todas las lenguas y culturas son iguales”. Mi interés era visibilizar la lengua tsotsil y colocar el arte y la creación de los pueblos originarios como parte del arte universal. Las diferentes situaciones y vivencias que observaba a mi alrededor fueron las que hicieron que la poesía y la pintura fuera unas herramientas de expresión desde muy temprana edad.

Actualmente, escribo poesía en lengua tsotsil, para reivindicar su importancia y como ejercicio del derecho a tener, hablar y defender a la lengua originaria. Utilizo la poesía como medio para que la lengua tsotsil sea valorada y tenga el mismo valor que los demás idiomas del mundo, así como promuevo y difundo la cultura a través de ello en otros contextos, lo cual se realiza mediante recitales o presentaciones en diversos espacios en los que los jóvenes y población infantil tenga presencia para que ellos desde su propio contexto aprendan a valorarla a través de la musicalidad de la lengua que se transmite en los poemas. Con mi activismo desde la poesía abordo temas como la naturaleza, cosmovisión, relación hombre naturaleza, conocimiento ancestral, además de

retratar a la mujer desde la perspectiva literaria, en la que la búsqueda es llevar el mensaje a la sociedad y crear conciencia a través de ello. Actualmente me encuentro desarrollando estos temas desde el enfoque de derechos humanos, desde hace algunos años me encuentro realizando esta actividad de manera independiente, a través del acompañamiento a organizaciones que se dedican a la promoción y defensa de los derechos de la infancia y de los derechos de la mujer. Entre las mejores experiencias que he tenido son los talleres de creación literaria con la población infantil, así como los recitales y lectura de sus trabajos, que desde la infancia conozcan y se empoderen; reconozcan que hablar su propia lengua es un ejercicio del derecho humano, con ello fortalecer su identidad individual, colectiva y comunitaria, el empoderamiento de las mujeres desde el fortalecimiento de la autoestima y su identidad.

Como mujer de un pueblo originario, el reto no ha sido fácil, durante mi formación me he atravesado con discriminación por hablar una lengua indígena, por portar un traje regional.

Sin embargo, esos obstáculos se fueron superando, aunque no fue tarea fácil; la discriminación aún sigue presente de una manera más sutil y se manifiesta aún en nuestros días. Por otra parte, está el arte como medio para reivindicar la cultura tsotsil. Mi participación como mujer indígena en diversos espacios ha sido otro de los medios para reflejar en otros contextos culturales parte de la cosmovisión y la cultura del pueblo para su valoración y respeto.

Mi ejercicio de los derechos humanos y el arte ha sido desde la poesía tsotsil, —escribo en mi lengua de origen— y desde la pintura, como artista visual. Se trata de la defensa del *Bats'i k'op* o la *palabra verdadera*.

La transmisión de pensamientos y sabiduría de los pueblos, la cosmovisión y sus saberes culturales han sido importantes y han estado presentes en mi caminar e intervención social.

Escribir en lengua originaria, para mí se relaciona con la reivindicación de los pueblos, a pesar de la castellanización, se mantienen las lenguas a través de la práctica diaria y la tradición oral.

La poesía ha estado presente en las lenguas originarias, en su expresión, metáfora y onomatopeyas, lo cual es parte de los conocimientos y respeto que impulso en los jóvenes, desde mi ejercicio como poeta, pintora, y escritora de una lengua originaria.

En el 94, me encontré con el movimiento que reivindica a los pueblos originarios, impulsado por la propuesta del EZLN, del derecho a la cultura indígena. A partir del levantamiento comenzó a surgir un fuerte movimiento de escritores y pintores de los pueblos originarios. Aunque algunos ya escribíamos y pintábamos. Algunos en la actualidad siguen permaneciendo en la actividad y otros dejaron el arte porque migraron a otras ciudades.

Escribir en nuestra lengua, es reivindicar, es vivir una resistencia cultural, es negarse a desaparecer, y a seguir invisibilizados.

Históricamente y actualmente ha existido y existe marginación, discriminación, ambas son las razones principales por las cuales muchos jóvenes dejan de hablar su lengua y pierden su identidad porque las esconden para que no sean rechazados por la cultura dominante.

Entonces la poesía más que inspiración es una disciplina y un compromiso social, hay muchas cosas que decir a través de la poesía, pero una de las razones por las que escribo son las que ya mencioné.

Por ello, mi actividad como creadora, escritora, poeta, artista visual, pedagoga, abogada y maestra en Derechos Humanos es de una acción conjunta que se retroalimenta entre sí, para poder realizar e incidir en la sociedad.

Mi *Ser Mujer* en el arte es compromiso, considero que los artistas tenemos que regresar a nuestros pueblos estos conocimientos.

Para nosotros, los descendientes de pueblos originarios, ha sido más difícil colocar nuestros trabajos y obtener, encontrar o conseguir espacios, esto es por diferentes factores.

Como creadora visual y como defensora de los derechos culturales, considero que el arte de los pueblos originarios debe incluirse dentro del arte universal.

El arte creado por artistas de los pueblos originarios debe definirse como parte del arte universal, sin apellido, ni distinción, sino por artistas que pertenecen a una etnia.

Nuestro arte necesita lograr un posicionamiento porque se forma a partir del entorno y la cosmovisión de la propia etnia.

Derechos indígenas y derechos culturales de los pueblos indígenas.

En los instrumentos jurídicos internacionales sobre derechos humanos, los derechos culturales abarcan cuestiones como el derecho de toda persona a participar en la vida cultural de la comunidad y el derecho a la protección de las producciones científicas, literarias, artísticas y se relacionan con todos los derechos individuales.

En este sentido el derecho a la cultura significa que el individuo tiene derecho a crear sus obras culturales libremente, sin ninguna restricción, así como el derecho de toda persona a disfrutar el libre acceso a las mismas como a los museos, etc. Por consiguiente las políticas culturales tienen por objeto apoyar la posición del creador cultural individual en la sociedad (pintores, escritores, artistas) así como el derecho de estos creadores a la libre expresión cultural; se dice que esto se ha convertido en uno de los derechos más apreciados en la época contemporánea, sin embargo no se protege la producción de los creadores indígenas así como no se destina un presupuesto para los creadores o si los hay son muy limitados.

Abrir espacios e impulsar la participación y desarrollo de los creadores también es un derecho ya que son parte del desarrollo cultural, el cual se entiende como derecho de los individuos a innovar, abrir nuevos caminos y recibir más servicios culturales, pero principalmente, el derecho a la cultura propia.

En mi *Ser Mujer* he podido escribir en mi propia lengua tsotsil, algunas obras y libros de poesía: la primera obra es *Espíritu de la naturaleza*, la segunda es *El canto de las almas*, el tercero es *Cuando el agua corre, las mazorcas cantan*, y el más reciente es *Bajo las alas de la golondrina*.

En la pintura, los temas que he abordado son diversos y relacionados con lo naturalista, social, cosmogónico, y también de denuncia.

En cuanto a mi *Ser Mujer* desde los derechos humanos, considero que no deben clasificarse, deben ser aplicables a todas las personas, sin distinción.

Las acciones en cuanto a derechos humanos de las mujeres me parece que aún no se aplican, actualmente persisten muchas diferencias en cuanto a la inclusión; para que se cumpla y podamos decir que las mujeres indígenas han mejorado y han sido atendidos sus derechos humanos, debería haber más mujeres que sepan leer y escribir, mujeres con mejores condiciones de vida, mujeres con mejores servicios de salud y menor pobreza en las comunidades, debería haber más mujeres con acceso a la justicia y a las decisiones políticas, más mujeres con participación y con goce de los programas culturales.

Sin embargo, aun la participación e inclusión de la mujer es limitada.

Las acciones que actualmente se han impulsado, no son suficientes. Se burocratiza e institucionaliza demasiado.

Personalmente he impulsado el fortalecimiento de la lengua desde la escritura y formación en la misma como un derecho humano y acceso a la formación de las niñas, niños, niñas desde su contexto cultural.

Reflexiono acerca de ello y sostengo:

Lo importante que es crear una cultura de derechos, pensar en lo comunitario, en la diversidad y en la inclusión.

Hacer acciones que vayan minimizando la discriminación, la desigualdad y fomentando el respeto a la diversidad.

Robustecer las que ya se encuentran realizando desde lo individual, institucional, ámbito legislativo etc. Y lograr el reconocimiento de los derechos humanos civiles, políticos, económicos, sociales y culturales.

Y como dijo Teresa Ulloa: “Son las mujeres y las niñas indígenas, de entre los excluidos, las más excluidas, de entre los pobres, las más pobres, de entre las analfabetas, son ellas las que conforman el mayor porcentaje, de entre los discriminados, las más discriminadas, de entre los desposeídos, las más desposeídas, de entre los violentados, las más violentadas”.

Mi *Ser Mujer* como creadora y de pueblo originario, es el de hacer un doble esfuerzo para que nuestras obras tengan aceptación, porque al ser obra de una persona autodidacta, representa para algunos sectores de la sociedad algo inferior, sin embargo la constancia y disciplina son importantes. Por otra parte, los recursos son muy limitados en cuanto a los proyectos y son muy difíciles de obtener; pareciera que ese apoyo depende de la visión de los que evalúan o los que fungen como jurados en determinados proyectos. Considero que aún existe una brecha muy marcada entre hombres y mujeres, por lo que la participación y acceso a oportunidades es aún desigual.

Sin embargo, aun con esas limitantes y obstáculos enfrentados, el arte para mí ha sido siempre un compromiso social, y mi actividad y formación multidisciplinaria ha fortalecido mi proceso.

Mi *Ser Mujer* como poeta, significa crear desde mi propia lengua, que es el tsotsil, he escrito algunos poemas que también se han visibilizado a través de publicaciones internacionales en medios impresos y electrónicos tales como los siguientes poemas por mencionar algunos:

Ants

U

Ants

Ach'el

ta sk'ob spich' sakil bax lum

xchi'uk xch'ut spich'ik nene' choyetik

ta sk'ejik ta valuneb

ants U

sk'ejbe sbi slekil yamtel ta yo'nton jp'ej yijil xuch'

yu'un mu ak'ostael tak'ak'al satiletik

xchi'uk k'ak'al ti'il xp'up'etaj

ta yeloval smuilyik' xuch'.

Mujer

Mujer de Luna

Mujer de barro

sus manos esculpen la arcilla blanca de la tierra

modelan con su vientre pequeños peces

y los guarda en nueve lunas

Mujer de Luna

esconde el nombre de su obra en el corazón del ámbar

para que no lo encuentren los ojos de fuego

y los labios de envidia se desmoronen

ante el aroma de una resina.

Decisiones

“Cisne blanco”

Dedicatoria

Dedico este escrito a cualquier mujer para que, si descubre algún reflejo o coincidencia consigo misma en esta historia, acepte sus luces y sus sombras, busque perdonar y perdonarse, querer y quererse, caerse y levantarse, descomponerse y reconstruirse. Que los textos compartidos contribuyan al crecimiento individual y social dentro del complejo espacio tiempo que llamamos vida. Y a los hombres, para que sepan la gran importancia de estar presentes en la vida de sus hijas y les aporten lo valioso de su preciada esencia masculina.

Sucedió un día de forma inesperada. Estando embarazada de mi segundo hijo recibí su llamada telefónica. Imagino que ella debió de armarse de mucho valor para haber evidenciado ante mí, de esa manera y por única vez, su vulnerabilidad, lo que también implicó doblegar su orgullo. Puede haber sido que su necesidad de tener alguien a quien querer estaba a flor de piel o quizá que el recuerdo o el arrepentimiento de su decisión la sobrepasó en ese justo momento. Cristina, mi hermana tres años mayor que yo, en ese momento divorciada de su primer matrimonio, me informó y al mismo tiempo me preguntó, sin más ni más:

—No puedo tener hijos. ¿Estarías dispuesta a darme a tu bebé cuando lo tengas? —se detuvo un instante y agregó—: al fin que después tú podrías tener más hijos.

Me duele en el alma recordar ese instante de mi vida que enterré por treinta años en lo más profundo de mi memoria y que ahora resurge, invitándome a reflexionar que nunca me detuve a considerar sus sentimientos. Le contesté que no. Nunca más después de ese día volvimos a hablar del asunto.

La conversación fue telefónica debido a la distancia que nos separaba en diferentes países en un tiempo en el que las cartas tardaban semanas en llegar y en que las conversaciones telefónicas eran incosteables, así que ni siquiera pude expresarle frente a frente todas las emociones que me invadieron, ni las ideas que pasaron como un relámpago por mi mente mezclando mis sentimientos hacia ella, mis sentimientos hacia el hijo que ya se movía dentro de mí y que esperaba como compañero de su hermano y el anhelo que tenía yo en mi mente de formar una familia con mi esposo y nuestros dos hijos. Solamente fue un simple: “no, no podría hacer eso”. No hubo un “no creo”, ni un “déjame pensarlo”, ni una remota posibilidad de considerarlo. Mi interior me dijo: “No” y así se lo expresé.

Yo tenía treinta años de edad. Era el año 1991. El nacimiento de mis dos hijos habían sido “planeados”, verdaderamente planeados, aunque la palabra sea demasiado vulgar para un acto tan maravilloso. Planeé hasta la fecha en que sería probable quedar embarazada a través de un método natural basado en observar la cantidad de moco vaginal para identificar los días más fértiles del mes. Planeé que mi hijo le llevara al nuevo bebé tres años de edad considerando que

era una buena diferencia para que convivieran juntos. Entre mi esposo y yo hubo una decisión semi consensuada pues, después de cinco años de noviazgo y una vez casados, le expresé que deseaba tener dos hijos antes de llegar a cumplir treinta años, edad ideal en que —pensaba—, mi organismo estaría en buena condición. Por lo que acordamos esperar cinco años más para tener a nuestro primer hijo una vez habiendo ejercido mi profesión por un tiempo. Esa era la familia que yo deseaba tener y el matrimonio que yo quería cultivar, conservar y salvar inclusive en los momentos en que había existido el riesgo de una ruptura fuerte o aparentemente inminente.

Las decisiones de tener hijos y de mantener mi matrimonio estaban enraizadas en mi experiencia de vida, que seguramente me empujaba hacia la estabilidad: yo no gocé a mi padre por mucho tiempo. Bueno, ninguna de mis hermanas lo hicimos. Murió cuando yo tenía casi cinco años de edad, mi hermana Blanca había cumplido los siete, Cristina ocho y nueve la mayor de ellas, Leonor. Todas éramos unas niñas pequeñas. Yo siempre pensé que había muerto por su irresponsabilidad dado que era veintidós años mayor que mi mamá, fumaba como chacuaco y terminó con enfisema pulmonar, acostumbraba tomar alcohol mientras jugaba dominó, situación con la cual nosotras afortunadamente no interactuamos, pero mi madre sí. Con toda seguridad sus preocupaciones de no tener para pagar la renta por las apuestas de juego, o el tener que irlo a sacar del bar donde jugaba debieron haber desarrollado en ella en un comportamiento controlador de las situaciones, para su propia seguridad. A pesar de todo, la imagen que mi madre siempre quiso que tuviéramos de él fue de un padre educado, atento, de carácter suave y amoroso y que adoraba a sus hijas —ella decía—. Seguramente debió haber sido así, según después supe por otras personas que lo conocieron, pero no cabe duda de que la irresponsabilidad con su cuerpo, con sus emociones y con su comportamiento, repercutieron sin querer en mi madre y en nosotras. Mi padre tenía un buen puesto en una gran compañía, lo que le permitía darnos un buen nivel de vida, no lujoso, pero sí suficiente para estudiar en colegios privados y tener una casa propia que se construyó después de vivir en el departamento en el que pasaron sus primeros siete años de

matrimonio. Esa casa, por muchos años, antes de que todas nos fuéramos a hacer nuestra vida, fue la casa de reuniones familiares y donde mi mamá vivió hasta su fallecimiento.

Hoy, a mis sesenta años apenas comienzo a pensar en que no fui la única huérfana. También lo fueron mis hermanas. Cada una hemos construido nuestra propia vida como hemos querido y podido, con los recursos que la vida nos dio por nacimiento, por herencia y por aprendizaje. Cristina decidió alejarse de la casa materna (sigue siendo extraño para mí decirle casa paterna), con el pretexto de no ser una carga para mi madre viuda. Yo me he cuestionado siempre: ¿no hubiera sido mejor quedarse y apoyarla en lo que necesitara? Qué valía más ¿el gasto que implicaba alimentar una boca más, o su compañía, su sostén moral, su presencia? Para mí es claro, pero diferimos, aún hoy en día está convencida de que es lo mejor que pudo haber hecho. Supongo que Cristina se sintió responsable de su cuerpo y, para no quedar embarazada en su andar por el mundo, decidió, mediante un procedimiento radical, quitarse la oportunidad de tener hijos. Son decisiones que se toman en un momento y de las que una puede arrepentirse después.

Ahora pienso en lo desgarrador que pudo ser para ella pedirme cederle a mi hijo aun no nacido. Imagino su impotencia, su ansia de querer tener alguien a quien amar y cuidar. Nunca supe qué pensaba ni que sentía. Simplemente evité pensar en ello desde ese instante y la distancia no propició la comunicación. Tampoco nunca he sabido por qué me lo pidió a mí y no a alguna de mis otras dos hermanas.

Por mi parte, me daba miedo tener hijos, pero decidí tenerlos precisamente para no arrepentirme después de no saber lo que era ser madre. Creo que los hijos son un sufrimiento y un enorme gozo. Siempre he amado a los míos con todo mi corazón. Hoy son hombres adultos; son libres, independientes, decididos, sensibles y también traen arrastrando consigo la historia que les tocó cuando vivimos juntos como familia, la cual tendrán que afrontar, comprender y aceptar en algún momento para su propio bien. En realidad no podemos saber de antemano si los hijos serán afectuosos con nosotros, o cómo será su

personalidad; porque, además de cómo son educados, cada ser humano trae consigo una esencia propia a la cual no puede renunciar, aunque sí conocer, aceptar y mejorar. Al inicio, de recién madre, uno ignora que ese ser no es propio, solamente somos un receptáculo para formarlos dentro de nosotras. Un universo interno increíblemente exacto sigue el perfecto curso de la naturaleza transformando dos células, una redonda y otra en forma de renacuajo en una sola, para, poco a poco, adquirir una forma humana. Y uno apuesta: apuesta a la vida que ese ser minúsculo que se aferra por instinto a su pulgar con la pequeña mano de recién nacido y al pezón como fuente de vida, será nuestro para siempre. Durante el embarazo de mi primer hijo yo leía casi obsesivamente el proceso de transformación que tendría mi cuerpo. Mi pensamiento analítico insistía en conocer, en saber, en sumergirme imaginando detalladamente qué estaba pasando dentro de mi organismo desde el preciso momento de la relación sexual con mi esposo, en que supe que quedaría embarazada. En los dos embarazos fue igual.

Antes de tener a mis dos hijos yo ya había abortado una vez. Apenas ahora lo expreso a alguien, exceptuando a diferentes sacerdotes católicos a quien acudí a lo largo de varios años buscando una absolución que, a pesar de que cada vez se me otorgó, yo quería asegurar dentro de mi alma y de mi corazón. El padre de mis dos hijos y yo lo decidimos así en ese momento, aún no nos habíamos casado. Yo no había tenido relaciones sexuales con nadie más y lo quería, siendo entonces mi novio. Él me dijo que haría lo que yo decidiera, que si quería tenerlo, él estaría conmigo. Yo decidí que no. Él no lo objetó. No pude imaginarme con un bebé en brazos, truncando mis estudios y sobre todo, no podía ni remotamente pensar en enfrentarme a mi madre. Tenía diecinueve años, él veintitrés.

El temor a mi madre al saberme embarazada fue abrumador, más intenso que mi consciencia del ser que apenas se había formado y que llevaba dentro. Más fuerte que el temor a Dios que se me había inculcado desde que tengo memoria, en casa y en el colegio de monjas. Lo irónico es que el mismo método que elegí por ser un método “natural”, que me permitió “planear” el nacimiento de mis dos deseados hijos fue el mismo método que “me falló” y por el cual quedé

embarazada por primera vez. Al confirmar mi estado, se filtró en mi mente y en mis huesos un inmenso pánico.

El vívido recuerdo de los gritos de mi madre resonaba en mis oídos. Ella clavó en el corazón de cada una de mis hermanas mayores, siendo aún adolescentes, un dardo verbal revestido de cólera y de miedo que muy probablemente dejó en ellas una dolorosa huella (no lo sé, nunca lo platiqué con ellas ni cuando sucedió ni lo he platicado en todos estos años). Las vívidas escenas se me venían a la cabeza. Quizá fue entre mis catorce y mis dieciséis años. El mismo suceso, o de forma muy similar, se dio en tres diferentes ocasiones, entre cada una de mis hermanas y mi mamá: sus fuertes palabras: *¡eres una piruja!*, los gritos y el violento zarandeo del frágil y asustado cuerpo de niña adolescente, deseoso de aceptación, de amor, de ternura y de pasión, mezclado con la vergüenza, el miedo y la culpa (que yo creo que ellas sintieron) resultaron de gran impacto para mí. Todo esto sucedió al sospechar mi madre que pudieron haber tenido relaciones sexuales por encontrarlas semidesnudas en pleno “faje” con algún novio dentro de nuestra propia casa. Nunca mi madre utilizó malas palabras, no pasaba de decir “idiota” y solamente cuando algo la hacía enojar con alguien que consideraba inepto en su oficio. Así que esa expresión insultante, la gritería, las carreras y el caos de los tres eventos estaban vívidamente marcados en mi memoria. Yo solamente observaba y escuchaba desde lejos, medio asomada entre las paredes o a lo alto de la escalera en el segundo piso, sin que nadie notara mi presencia. Las escenas fueron más o menos parecidas: alguna de mis hermanas escapando, con una mano agarrando con prisa su blusa para tapar su semi desnudez y con la otra cubriéndose de los golpes que mi madre asestaba sobre su cabeza, sobre sus hombros, en sus brazos o donde lograba atinar mientras decidía si seguir pegando o si perseguía al joven muchacho implicado en el desliz que, despavorido, huía hacia la puerta, dejando atrás los gritos y chillidos femeninos. Esto fue suficiente para que yo aprendiera, tal como sucede en un aprendizaje vicario (cuando uno aprende solo con observar), que tal comportamiento era maligno y no había manera de salir absuelta por Dios en esta vida (ni en la otra). Y si acaso Dios me perdonaba, mi

madre no lo haría, y ya era suficiente el no haber tenido padre como para quedarme sin madre.

Estas escenas cultivaron dentro de mí el miedo suficiente para pensar que mi madre, siendo yo la menor y la que nunca le daría un disgusto por ser conceptuada como su “niña buena”, me mataría en una situación así, o peor, quizá me sentenciaría a un silencio de hiel que haría que yo muriera de desamor. Así que, lo que aprendí con esos gritos atemorizantes fue a tener un miedo aterrador hacia ella, más no funcionaron para no dejarme llevar por mi instinto natural de mujer. Sin embargo, después comprendí que, sobre este instinto, se impuso la fuerte necesidad de tener una relación afectiva con los hombres. La historia de mis hermanas se repitió, pero ella nunca lo supo. Quizá confiaba mucho en mí o en que sus métodos anticipatorios habían funcionado.

Todas las historias de vida tienen su raíz. No es por buscar una justificación, pero no me cabe duda de que en algo influyó nuestra niñez. Al parecer, los niños sin padre tienden a buscar figuras masculinas a temprana edad que lo sustituyan, especialmente las niñas. La ausencia de padre hizo que permeara en mí el deseo de tener una pareja a temprana edad. Me enamoraba de cuanto niño veía. Desde el jardín de niños ya había elegido un novio, sin que él lo supiera. También recuerdo a un vecino de la misma calle en que vivíamos, Paco. Teníamos nueve años de edad y por su timidez, nunca supo qué hacer conmigo, seguramente se sintió acosado: lo salvaba en el juego de bote pateado gritando heroicamente “un dos tres por mí, por Paco y por todos mis compañeros”; o, cuando quedaba “encantado”, lo desencantaba de inmediato; o lo elegía para calcular a cuántos pasos estaba en el juego de “*stop*” (“declaro la guerra en contra de ¡Paco!”); o Paco siempre era mi primera opción cuando, en las pocas ocasiones en que llegamos a jugar “botella”, se entendía que, a quien quedaba señalado por la boca de la botella después de dar vueltas sobre sí misma acostada sobre el piso, tenía que dar un beso en la mejilla a quien la había puesto a girar. Más adelante, los hermanos de mis compañeras de escuela primaria o secundaria se convirtieron en un objetivo viable para mi corazón. También surge en mi memoria aquel compañero de la clase de inglés al que recuerdo recostado

sobre mis piernas en el jardín de mi casa acariciándole el cabello. ¡Hasta sentía que me enamoraba de los pocos profesores que teníamos en la escuela de monjas! Imagino ahora la incomodidad que debían sentir el maestro de arte o el de literatura, o el de deportes ante mis miradas lánguidas deseosas de cariño. Posteriormente, a la edad de preparatoria comencé a estudiar música por las tardes, los muchachos eran nuevos para mí pues había estudiado toda la vida en una escuela de puras mujeres, entonces descubrí que podía rechazar a los hombres con una pose de suficiencia. No me daba cuenta del vacío y la necesidad de afecto que había dentro de mí. Quizá a mis hermanas les sucedió lo mismo.

Tiempo después, al salir de la universidad me enfrenté a un descubrimiento: mi codependencia emocional. Me di cuenta de que era una adicción seria en la que le otorgamos a otro el control de nuestras emociones. Afortunadamente, a los treinta y cinco años de edad pude darme cuenta de esta condición y comencé a trabajar en ella. Hasta ahora sigo haciéndolo. Un día a la vez, como cualquier otra adicción. El desear y buscar el cariño y la aceptación que no tuvimos de niñas quedó sellado como un tatuaje en el alma. Fue muy importante darme cuenta de esto, de no abandonar mi ser a otros y enfocarme en apreciarme y valorarme.

El difícil trabajo de mi madre para educar sola a cuatro mujeres me predispuso a desear tener hijos varones y no hijas. Tenía miedo de cómo educarlas, además, era demasiada la ausencia de hombres en la historia familiar. No había abuelos, no había padre, no había tíos... todo un matriarcado involuntario. Mi abuela materna fue viuda tempranamente, mi madre también. Puras tías sin pareja. Del lado paterno todos habían muerto, abuela, abuela, tíos y tías, solamente teníamos tres primas y el único tío vivo no tenía relación con mi madre. No había ninguna imagen masculina que pudiera equilibrar aquella balanza.

Sin embargo, y a pesar de estar en un matriarcado, no fue fácil asumir y dejar salir nuestra femineidad. Aunque mi madre se arreglaba con coquetería (la recuerdo pintándose las uñas de rojo con gran pericia, poniéndose los tubos en la

cabeza cubiertos de una pañoleta, metiendo sus bien delineadas pantorrillas dentro de las medias de seda y calzarse sus zapatos de tacón) y nos proporcionó todos los medios para hacernos sentir mujeres (crecimos con una casita de muñecas, juegos de té, zapatos de princesa y las pelucas de plástico que estaban de moda, una maquina de coser y una pequeña estufa para hacer “la comidita”) y en fiestas nos peinaba, vestía y ponía moños de vez en cuando, nos exigía una gran fortaleza. Por ejemplo, al caernos y rasparnos las rodillas, nunca nos permitía llorar. Ella tampoco lloraba, de hecho, únicamente la vi llorar cuando le avisaron por teléfono que murió una amiga suya aplastada por un camión contra una casa y años más tarde, cuando murió mi abuelita. Nos forjó para supuestamente soportar todo y nos repetía que necesitábamos prepararnos para hacer frente a lo que la vida nos deparara, no fuera a ser que nos quedáramos viudas, como ella. Decía que nuestros estudios era lo más valioso que nos podría dejar como herencia. Todas colaborábamos en los quehaceres domésticos y en tareas como arreglar un desperfecto de plomería, en la pintar las paredes, en jardinería, además de atender nuestros estudios y cumplir con clases fuera de las obligadas, como lecciones de piano, de natación o acudir a las Guías de México.

Nuestra niñez fue extraña. A pesar de ser cuatro mujeres no jugábamos juntas. Más bien nuestros compañeros de juego eran las y los vecinos y los compañeros del colegio. En grupo disfrutamos de algunos juegos como el resorte, las escondidillas, el avión que, a través de cuadrados numerados pintados en el suelo simulaba el cuerpo y las alas y uno tenía que saltar en un pie para llegar al extremo, y otros juegos que ya mencioné cuando demostraba mi heroicidad infantil frente a mi vecino. Aun así, yo también disfrutaba enormemente los “juegos de niños”, como: futbol, o echarnos todos amontonados sobre la avalancha que uno de los padres había elaborado con una tabla, dos ejes de fierro con llantas de goma y un improvisado pero efectivo freno con una palanca y un rectángulo de hule; amaba pasear en bicicleta, jugar a las canicas, a la carreterita, o a enfrentar a soldaditos o indios y vaqueros de plástico para, después de la batalla, enterrar a todos los muertos en combate en el espacio

destinado a cementerio, en la tierra, junto al alcatraz sembrado bajo la ventana del frente en el jardín.

Ya mayores, a pesar de ser lindas y bastante femeninas, a mis hermanas y a mí nos costó adoptar nuestro papel de mujeres. Nos erigimos como fuertes, recias, incansables, irrompibles, controladoras de las situaciones, tomadoras de decisión sin consultar a nadie y desconfiadas ante el amor verdadero. Mi madre, más padre que madre, nos enseñó a desconfiar de los hombres, contradictoriamente nos enseñó también a refugiarnos en ellos en ciertos momentos de vulnerabilidad, sabiéndose frágil en un mundo masculino. Por ejemplo, evitaba que los extraños se dieran cuenta de que en casa había una mujer y cuatro niñas solas así que si alguien tocaba a la puerta ella salía, una vez fuera, volteaba hacia la casa y gritaba el nombre de mi padre muerto acompañado de la frase “¡aquí te buscan!”. Por supuesto mi padre nunca salía y era excusado por mi madre con cualquier pretexto, pero quedaba bien sentado que ahí andaba un hombre y que no estábamos solas.

Esa indefinición entre ser fuertes e independientes y al mismo tiempo ser temerosas y desconfiadas pudo haber sido diferente, creo yo, si hubiera sobrevivido mi padre. Hemos salido adelante, no cabe duda, pero sin la total plenitud de mujeres sensibles, delicadas, amadas, amantes, cuidadas y de corazón confiado y sereno.

Es por eso que yo siempre quise una familia con un hombre al lado. Decidí querer a mi esposo. A veces he sentido que lo odio, no lo niego, pero también lo quiero, quizá porque compartimos el sentimiento de que nos faltó cariño de niños (a veces es más un sentimiento que una realidad). Después de cuarenta años de matrimonio sigo aferrada a quererlo a pesar de que cada día trabajo con mi codependencia y él en su comportamiento de control y dominación. Pero su historia es otra historia. Yo tengo defectos de carácter, él también. Ninguno somos perfectos. Este mundo es una unión de flaquezas que juntas pueden lograr llegar a ajustarse alcanzando un mejor acabado juntos, que separados.

Curiosamente, el matriarcado llegó a su fin. Ahora hay más hombres que mujeres en la descendencia familiar. Los esposos de mis hermanas también han

permanecido con ellas desde que se casaron; son imperfectos, pero están presentes. Mi hermana mayor y la tercera tuvieron dos hijos varones cada una, igual que yo. Cristina, la segunda, a pesar de haberse casado tres veces y divorciarse después, no tuvo hijos propios. Tampoco tuvo al mío, que me pidió y que supongo que deseó con anhelo. Ahora me pregunto qué sentiría mi hijo si supiera que un día pude haberlo regalado. Mejor no averiguo. Ya lo sé.

Ambos amores, el fraterno y el materno son excelsos y puros. En mi caso, el amor materno superó al fraterno. ¿Ustedes qué hubieran hecho?

Un día no muy lejano, ya en nuestra sexta década de vida, intentaré tocar con Cristina el tema, si ella lo desea así y si no resulta en un remover de emociones viejas que no sé si han sanado y que pueden ser dolorosas para ambas.

Abriendo el cofre

“La Zarzamora”

Escribir una vida es escribir muchos libros, por las diferentes etapas que se van viviendo a través de la vida de cada ser humano.

Esta vez solo he de contarles parte de mi vida, se las compartiré porque no deseo llevarme nada conmigo, todo ya está heredado y, esto que sacaré de mi escondido cofre, vale mi vida entera.

Muñeca rota

Mi niñez, fue casi toda imaginaria, creada en mi mundo, el que yo había diseñado para vivir en él. Era mi búnker, el refugio que nadie podía ver, pero me esperaba después de ver tanto horror de golpes y humillaciones a todas nosotras empezando por la madre que nos parió. Este refugio de guerra me aliviaba mis golpes y secaba mi mar de lágrimas y me tendía a soñar.

Recibí un regalo, una muñeca, hermosa, que se la movía y lloraba. Su cuerpo era de trapo, pero robusta y recuerdo su cara hermosa con labios rojos, que me hicieron imitarla algún día. El encanto no me duró mucho, llegó un primo mayor que yo y, quiso saber de dónde le salía el llanto. Dejó un brazo por allá otro por acá y su panza como operación a corazón abierto. Así quedó la bonita muñeca como mi propia niñez sin pies ni cabeza y en el abandono, sin cariño.

El hilillo rojo

El señor tiempo, que nunca detiene su andar, empezó a llevarme a un valle casi plano, hierba tierna, pequeñas colinas y el valle dividido en dos partes por donde un mal día el agua se coloreo en rojo sangre. Ignorando todo mi susto fue mayúsculo, grité y vino mi madre y dos hermanas mayores y me explicaron que ya era “señorita”. No me gustó nada ese título, además de doloroso, tenía que cuidarme al sentarme más y al levantarme, siempre mirar si ese riachuelo de sangre nueva no habría traspasado hasta la falda del vestido. Sin embargo, empezaron a brotar en mi cuerpo unos sentimientos jamás imaginados. Florecieron en mi primaveral vida, las hormonas, “benditos estrógenos que nos dan mujeres muy bellas” dijo un médico, al que acudí porque mis dolores lunares de cada 28 días eran casi insoportables. Dijo el Doctor Montiel “cuando los

dolores aparezcan, tienes que caminar, hacer ejercicio para que el endometrio se desprenda con mayor facilidad, y así disminuirán los dolores, si persisten, tómate unas 10 gotas de belladona y santo remedio”.

La vida de ninguna mujer es fácil, todas son diferentes. Tenía que aguantar los famosos dolores internos y los golpes físicos y psicológicos de mi autoritario padre y el silencio sempiterno de mi madre. Para aquellos años casi todo era tratado con mucha discreción, nadie debía saber lo que pasaba dentro de la casona que habitábamos siete sonámbulos seres movidos por el miedo y viendo de reojo que todo lo que se nos ordenara estuviera bien realizado. El “capataz, Gabino” mi padre, supervisaba todo.

Ya habitábamos cuatro “señoritas” esta institución mal llamada “hogar” que atendiendo a su etimología –“fogata donde se reúnen los miembros que habitan una casa”– esta definición no tenía nada que ver con la casa donde vivíamos y de calor humano cero sobre cero. Los cuatro “tesoritos” eran custodiados por la “diosa Hestia”, mi madre Manuela.

Era tan obediente que nos procuraba ocupar bordando, limpiando y por supuesto haciendo las tareas de la escuela. Los pretendientes estaban vetados, pero sí los teníamos y a escondidas los veíamos.

De novios a esposos

Desde niña fui una chica tímida pero carismática, llena de elogios. Qué si era muy bonita, que hermosos ojos negros, que cabello tan brillante y abundante, mi media sonrisa les cautivaba. Siempre sonreí, muy escasas veces reí abiertamente a carcajadas, porque no era correcto, además, no me salía esa risa franca que tanto me gusta escuchar, la considero un gran desahogo donde se vuelcan todos los sentimientos que se han guardado. En mi hermosa adolescencia, tuve muchos pretendientes, que siempre me dieron mucho miedo. A modo de una paradoja, trataba de evitarlos, pero los procuraba tener a mi lado. Me hacían soñar lo que en casa no tenía. Todo fue creciendo en mí, no en abundancia, pero bien proporcionada. Entre coqueteos y timidez empecé a tener más acercamiento de

cuerpos y la excitación crecía, con todos, es la edad del despertar de la maravillosa primavera hormonal.

Las golpizas que me propinaba mi padre, eran de terror. Cuando se alejaba por su trabajo, salía con más gusto y trataba de olvidar la mala vida que en casa se vivía, mi “padre” golpeaba a todos “por quítame estas pulgas”. Creciendo en un ambiente tan hostil, y sin saber desde niña lo que era una caricia, se camina coja en la vida. La condición de la mujer es muy difícil, desde siglos atrás. Esta cultura machista, si esto es cultura, está amalgamada con la religión judeocristiana.

Mi rebeldía crecía cada día, también mis mañas, salía con diferentes pretendientes, hacía que se enamoraran, pero les advertía que iban a sufrir, porque a mí me gusta cortar la flor antes de que sus pétalos abran. No me creían, los besos las caricias corporales me hacían sentir algo que confundí con eso que llaman amor. Al tiempo siempre le conocí la espalda, pasa muy rápido y llegó el momento en que empecé a olvidarme de cortar la flor en botón. Crecieron amores, serenatas a montones, era conocida en la calle donde vivíamos. También mis hermanas tenían lo suyo. Toda mi mala vida, cuando mi padre volvía a casa y su maltrato, sin parar, hacía que pensara en escapar de la casa, pero no sabía dónde ir.

En aquellos años no había instituciones como hoy en día. Tanto era el pánico de los golpes y el no poder protegerme de que somaticé todo y enfermé mis órganos de mi cuerpo, que muchas veces me impedía, inclusive asistir a mi trabajo. Médico que conocía, médico que al auscultarme aprovechaba la ocasión de acariciarme, aduciendo que detrás de cada bata hay un hombre. A ninguno correspondí a sus insinuaciones perversas.

Los años van pasando sin fijarse en nada ni en nadie. Mis hermanas se casaron a pesar de los pesares. Yo continué en mi mundo, que ya había crecido, en todo. Las ilusiones seguían, mis imaginaciones me llevaban a orgasmos reales, los cuales gozaba y en sueños eran más sentidos. Deseaba sentirlo en vivo y a todo color. Sabía que los tesoros son codiciados y muy valiosos, así que me atreví al intercambio.

Intercambio de sentires de oro...por dar placer al prójimo.

La mayoría de las personas sentimos, y en cuestión de eso que llaman amor, más. Yo me siento que no conocí el amor primigenio en casa, pero si me entregué a las pasiones, que su misma palabra lo dice todo, "pasan". Lo que sentía y pensaba lo llevaba a la realidad, y los nombres de los pretendientes o novios los anotaba en una libreta, que guardaba en la parte trasera de un ropero muy pesado pero que era mío. Lo heredé de mis hermanas. Era muy grande y de madera de ébano con grabados al alto relieve y espejos biselados todo era traído de Europa en aquellos tiempos. Esa libreta tiene un valor único, no precio. Terminé mis estudios y me coloqué en una famosa empresa a trabajar. El tiempo en mis padres les fue apagando ese delirio de cuidar lo que no era suyo, pero, que bien sabían que el tesoro se entrega en un matrimonio, aunque este sea solo una puerta de escape.

Tenía todas las oportunidades del mundo para salir, mi trabajo me daba la oportunidad de "inventar mentirillas muy blancas". Mis primeras salidas fueron la prueba de mi interés que gocé al máximo. Adam me obsequió un hermoso anillo de diamantes que acepté sin remordimiento alguno y sin ningún compromiso, la pasión demoró escasos dos meses, me aburría ver la misma cara tanto tiempo y di por terminada esa relación. Pero el anillo se me quedó.

Oscar era arrebatado como él solo, pasional hasta la pared de enfrente. Muy celoso pero muy dádivoso, me mandaba confeccionar blusas o vestidos en dos boutiques muy famosas de aquella Zona Rosa que era elegante. Aparador en el que me detenía a ver algo bello me lo compraba, si yo lo permitía. El abrigo de leopardo que me medí en la boutique, se me veía fabuloso. Existía la casa Manzur y me regaló un abrigo de mink, y estolas de visón, que era común usarlas. Alhajas finas de la joyería *Tiffany* o *Kimberly*. Su dispendio por lucirme y complacerme no tenía límites. La pasión terminó a los seis meses, por sus celos. Yo era coqueta, me veían mucho y con una caída de ojos, caían y me enviaban a la mesa alguna orquídea o flores o me dedicaban canciones.

Por supuesto que todos estos señores eran mayores que yo por muchos años. Eran dueños de empresas y de grandes herencias que hicieron florecer, y

por ahí uno que otro político. Los árabes de mucho dinero son muy complacientes con los favores que les causan gran placer. Porque he de confesarles fueron muy pocos los que me hicieron sentir algo. No es lo mismo soñar, que la realidad. Aprendí por ellos mismos las diferentes artes de hacer sentir el placer más grande que el hombre como ser, siente y por lo que paga lo que sea; por algo que los estremece desde la cabeza hasta las uñas de los pies. Todo era casi una orgía “kamasútrica”, sin llegar a formar grupos de personas.

Conocí en una cena muy importante, que fui como “escort”, de un importantísimo empresario, y fue en esa reunión dónde conocí al hermano de un presidente de nuestro país, México, que se prendó de mí. Aclaro, no fui bonita, pero si con los ojos muy pícaros y un carisma atrayente, según me lo hicieron saber. Ni fui mujer voluptuosa, desperté los más hermosos piropos que jamás he vuelto a oír. ¡Aún, levanto polvo! a estas alturas. Este señor me regaló el oro y el moro. Viajé con él por todo el mundo, tanto se apasionó de mí que aproveché esos momentos y me regaló una residencia hermosa en una de las mejores zonas residenciales, misma que puso a mi nombre y un auto como el de él. Todo a mi nombre.

Casi todos estos señores frisaban los 70 años y un poquito más, así que yo era una damisela al lado de ellos y además menudita y traga años. Siguieron pasando los años en ellos y yo me convertí en una mujer muy conocida ya atractiva y elegante a los 55 años, que representaba menos. Nunca me realicé ninguna cirugía. Desperté mucha curiosidad en algunos vecinos, era lógico, joven con auto propio y muchas veces me llevaban en autos diferentes por ser de amantes distintos.

Hombre que se me acercaba, hombre al que le leía la cartilla, no maltratos a cambio de nada. Siempre cargué una pequeña pistola en un compartimento de mis bolsas que me mandaba hacer, por si alguien se quisiera salir de lo estipulado le dispararía a los pies o a matar si era necesario. La gente con poder tiende a ser muy ordinaria. Sí tuve que aguantar ciertas cosas no de mi agrado pero que no dañaban mí ya afectada psique ni mi cuerpo. Ir en busca de lo que no se tuvo nunca, y que no se consigue con dinero, como lo es el cariño de los padres, es ir

en busca del “paraíso perdido”. Lo que no se tuvo en la niñez no se encuentra nunca, digan lo que digan. Que muchas personas toman otros caminos es algo muy personal.

Asistí a psicólogos, y eso fue lo que me dijeron. Vengué a mi padre en mi cuerpo, todo lo que me hizo sufrir no me lo pude cobrar en él. Fue por eso que los despreciaba y no llegué a amarlos, solo a sentirlos y hacerlos sufrir, porque se enamoraban de mí y yo los despedía como basura humana. El padre que no tuve de niña, de adulta ya era demasiado tarde encontrar ese cariño desconocido.

Fui llenando mi cofre vacío de sentimientos con objetos, y eso no tiene fondo, siempre me hacía falta algo que me diera una satisfacción, algo que llenara mi ser interior, pero de sentimientos, de caricias en el alma. ¡Qué importancia tiene la niñez!, es la que nos marca nuestra manera de ser y sentir. Soy enemiga de aquellos padres que maltratan a los niños. Trato de dar ayuda, escuchando los infortunios de jóvenes y adultos, cuando me lo cuentan. Todo esto es altruista y les trato de dar alguna guía para ellos o hablar con los padres, o también simplemente guiarlos a instituciones públicas para que reciban la ayuda requerida.

Siempre abogaré porque los padres comprendan la importancia de una caricia, de que sus hijos vean escenas agradables en su hogar, que los eduquen con amor y buenas palabras, que su estancia en su hogar sea placentera, porque nunca sabrán cuál va a ser su destino. El libro de Santiago Ramírez “Infancia es destino” deberían tenerlo como libro de cabecera. En él encontrarán el proceder de muchos seres humanos, sino es que el de todos, y ayudaría a formar mejores ciudadanos. No seríamos perfectos, pero sí más humanos.

En mi haber hubo decenas de hombres, que gozaron de mi juventud, de mis placeres aprendidos, nunca sentidos, pero si los observaba como volteaban los ojos en blanco, casi todos, porque sus orgasmos son, según me decían tocar el quinto cielo. Aprendí muy bien a hacer bien el “trou-trou”. Usaba el perfume que ellos preferían. No tomaba licor, si acaso media copa a sorbos chicos de vino tinto. No fumaba, nunca me drogué, me la ofrecían, pero la rechazaba. “El hombre llega hasta donde la mujer quiere”.

Nunca me casé, con ninguno en forma legal, hacíamos ciertos rituales nada más. Todo lo que aprendí tardíamente de la vida, me hizo reflexionar cómo sería mi final. Uno de mis últimos amantes era de mucha edad y platicábamos mucho sobre la vida, él era de la India. Nos pasábamos largas horas mirando el mar y haciendo un yoga muy especial de la mente interior. Fue un hombre muy honesto y me dijo que cualquier hombre a su edad, octogenario, pagaría lo que fuera por estar conmigo. Sus besos eran ya sin ninguna atracción, para mí, para él era la gloria.

Manos de seda, así me decía, lo acariciaban todo, cerraba sus ojos y me contaba pasajes de Rumi un poeta iraní, y de las experiencias de su vida cuando estuvo activo. Sabía mis gustos sobre la poesía y me dedicó este poema de Rumi:

Susurros de amor

El Amor susurra a mi oído:

“Es mejor ser presa que cazador.

Sé el Tonto mío.

¡Deja de ser el sol y se un grano de arena!

Reside junto a mi puerta como indigente.

No quieras ser vela, sé polilla

para que pruebes el sabor de la Vida

y conozcas el poder secreto del servicio.”

Ousman Naskar fue el mejor de mis amantes. No lo quise, pero encontré en él una ternura sin igual y su honestidad que valía oro puro. Falleció en su casa en un lugar de la India junto a sus hijos y nietos, que nunca conocí en persona, solo en fotografía. Lo llevo con respeto en mi corazón.

¿Qué me dejó este sin número de pasiones en mi vida? de las cuales no me arrepiento, no me siento ni pecadora, porque no creo en el pecado, ni avergonzada, me siento satisfecha de haber hecho a mi manera una catarsis o venganza, que satisfizo mi sentir interno. Confieso y lo acepto, que todo lo que

viví, conocí, gocé en cosas materiales, pudieron nada más borrar aquel odio hacia mis padres, entenderlos y quererlos a mi manera, el vacío seguirá siendo un vacío, es un tatuaje en mi ser, pero ya sin rencor alguno.

La suma y nombres de mis amantes son irrelevantes a estas alturas. Ya estoy en la fila de los octogenarios, que se dirigen al deseado cielo que les corresponda, o quizá el que hayan decretado y según la religión a la que pertenezcan. Yo no conozco a nadie que haya venido a decirme en que cielo o paraíso se encuentra. Lo que no deseo es ir al Averno, si es que hay otro aparte del que se vive aquí en este planeta, y donde se debe aprender de la Naturaleza, porque hay más conocimientos de la tierra al cielo que en cualquier librería.

La observación, y el meditar lo que se ve y su por qué, nos lleva a vivir lo inimaginable, pero primero hay que limpiar nuestro sendero interno para ver claro.

No puedo soslayar el gran e inolvidable impacto de amor místico/humano que sentimos un obispo muy reconocido y yo. Existió un enamoramiento tan sublime que marcó mi sentir de una pasión, nos veíamos y nuestros ojos se entendían, nuestras manos al saludarse se acariciaban carnalmente como hombre y mujer. Lo conocí a través de una persona para la que trabajé. Ya falleció, era católica fanática que extendía cheques de sumas muy altas al secretario del señor obispo, que sabía él que yo no pertenecía a ese gremio. Me dijo que le gustaba mucho, pero que ya estaba casado con la Virgen María. Esos matrimonios virtuales o invisibles no los comprendo.

Ya soy una mujer octogenaria, que me alimento de mis hermosos recuerdos, esos nadie los toca; se irán conmigo cuando tenga que dejar este instrumento carnal que gozó lo terrenal, por un mundo espiritual. Es mi deseo.

“No fui un escándalo, fui una verdad silente”.

¿Cómo ser niña? Porque mujer, siempre he sido

Martha Andrea López Hernández

Dedico este escrito a todas aquellas que un día fueron niñas y que al otro las convirtieron en las mujeres que no les correspondía ser a tan corta edad y que aún sin el brillo de sus pequeños ojos, han sobrevivido y vivido el ser mujer.

Pareciera que ser mujer desde la perspectiva mujer, sería un tema muy fácil de narrar, práctico de explicar e incluso hasta sencillo de escribir, pues ¿qué puede decir una mujer sobre cómo ha vivido ser mujer?, quizá tendríamos respuestas muy alentadoras como: “es algo maravilloso”, “lo mejor del mundo”, incluso “una tarea complicada pero satisfactoria” o talvez en algo “desgarrador, triste y doloroso”, pero que me dices si te cuento como he vivido ser mujer a través del ser mujer para otros, para aquellos, que por el hecho de nacer con sexo femenino me ayudaron a acelerar este proceso.

No pienses que en mis palabras hay resentimiento, ni mucho menos enojo por ser quien soy, porque a decir verdad ha sido difícil reconocermé a través de las miradas de aquellos que con todo el amor crearon a este ser, mi pequeña trayectoria del vivir como mujer ha tenido un profundo sentido, que hasta el día de hoy supe que tenía un propósito.

Te compartiré lo que a mi parecer tejió por completo mi vivencia del “cómo he vivido ser mujer”, abriré hasta lo más profundo ya que la médula espinal de todo esto inicia y termina conmigo.

Todo empieza desde el momento de mi concepción con una madre y un padre que locos de amor, de pasión, de deseo se entregaron a este inmenso sentimiento procreando a un ser que pusiera por encima de todo la frase tan trillada “para el amor no hay edad”.

Ese ser del que por más que en ultrasonidos se conociera su sexo, en el momento de su nacimiento, no dejaría de parecerse a su papá, que si los ojos, que si los pies que si las manos, pero ojo solo era un pequeño “ser” que abriría por primera vez sus sentidos a este mundo, más no la réplica de él o ella.

Y vaya que pasando el tiempo la responsabilidad más grande que se veía venir, era el saber que esa niñita, después de todo ese amor entre sus progenitores, iba creciendo con muchos fantasmas e iniciaba con la dura labor de ser quien no debía de ser. “La mujer que no sabía que era niña”.

Desde muy pequeña tuvo que aceptar que papá no estaría más en su vida, solo en la distancia y en su corazón, pero también aceptó el que había que cumplir las labores del hogar como lavar, planchar, limpiar, acomodar, barrer, que la comida, que la ropa y hasta el marido, sin olvidar el qué sería de grande y el orgullo que debería dar a la familia, pues su mamá daría todo porque su pequeña niña lo cumpla.

Pues a ojos cerrados mamá trabajaría día y noche, noche y día, sin importar desvelos, sacrificios, pocas horas de sueño incluso humillaciones y satisfacciones que en el camino se presentarán ya que en este proceso la niña empezó a guardar recuerdos en su pequeña mente, los teóricos dicen que son recuerdos almacenados en la memoria de largo plazo, que forjarán su personalidad, pero sinceramente yo creo, que han sido los puntos clave del por qué o el para qué he nacido mujer.

El vivir con este rol ha sido una experiencia que por etiquetarlo de alguna forma, se convirtió en mí “LA RESPONSABILIDAD MÁS GRANDE DE TODA MI VIDA”, pues a mi corta edad, este estándar de ser mujer ya cumplía funciones y pasaba lista todos los días mientras mamá trabajaba, en manos de quien creí que me cuidaría y me protegería, aprendí que la “mujer” tenía muchas obligaciones, que una de ellas no solo era arreglar una casa o cuidar a sus hijos sino que también tenía que provocar los sonidos más irritantes a media noche y provocar una especie de terremotos sobre una cama compartida entre mamá, el papá y yo, bueno eso veía, sentía y creía que era, con tan solo tres años de edad.

Pues desde ahí esa niña que fui, perdió el camino que apenas iba reconociendo; con esa edad uno va a la escuelita, a la guardería, o al menos al parque ¿no?, bueno, sí fui, pero mi mentalidad ya no era la misma, porque mientras mis compañeritos jugaban con plastilina, pegamento, pinturas y cantaban “pim-pom” yo ya estaba guardando secretos, esos que si los hablas, sabes perfectamente que terminarán en un charco lleno de sangre. ¡Una mujer debe callar!

¿Alguna vez has visto cómo se comporta una mujer de tres años de edad?...

Yo sí, pues piensa que todo es un juego, que tiene que obedecer, que, como mamá no está, ella tiene que ayudar; que la casa debe estar arreglada, porque si no la van a regañar y que el esposo de mamá también es suyo, claro, todo esto deformado en el lenguaje de un adulto que me hizo creer que todo eso que hacía era parte de un cariño, de un amor, porque también era mi papá, pero ¡jojo! de esos papás que por no ser de tu sangre, abusan, de esos papás que te hacen sentir que un hijo ajeno es un parche mal pegado y que alguien tiene que satisfacer y alimentar su ego retorcido, por el simple hecho de que naciste mujer.

Desde ahí ese brillo en mis ojos como la pequeña niña de mamá, se perdió y se transformó en hacer cosas de adulto y en pensar también a qué hora se van a la cama para ver el gran espectáculo y de saber con anticipación que tenía que hacer, mamá no se daba cuenta que su pequeña niña asumió el rol que por necesidad, por tener una estabilidad y enfocarse en sacarla adelante, su pequeña niña tuvo que tomar. ¡Una mujer se sacrifica!

Los días se convertían en hacerse pipi en la cama, en regaños porque no quería ir a la escuela, en los que era yo una niña sucia, descuidada, que no jugaba como niña, solo quería carritos y luchadores, que estaba harta de los vestidos y de estar en medio de dos adultos que por cuestiones de su vida, se la pasaban como perros y gatos. Yo ya sabía bien que tenía que hacer, pues claro, las mujeres deben cumplir a sus maridos porque, si no, estos les desbaratan el rostro en fracción de segundos, que deben tener hijos y también deben trabajar, pero sabes algo, todo esto lo aprendí de quien por el hecho de usar mi pequeño cuerpo, se tomó toda la libertad para denigrar todo, incluso hasta lo que no se veía que mamá hacía mientras trabajaba, sí, pues las mujeres también son mentirosas, así él lo decía, que hacen cosas que yo no debía ni pensar, tienen más esposos, “amiguitos” y entonces vas creciendo con ese enojo y tu pequeña mente piensa, ¿cómo es posible que todo esto pase? Y te encariñas y todas esas acciones se transforman y se convierten en el síndrome de Estocolmo como dicen los psicólogos. Vas por la vida creciendo, te dejas tocar, te dejas manipular, te dejas llevar en nombre del amor y con ese mismo amor lo haces, porque no quieres que tu mamita sufra, asumiendo su rol, porque desafortunadamente ella

como mujer “ya no lo hacía”, juegas a que tienes hijos pero sin darte cuenta, el proceso para hacerlos ya se te hace más común y sin más un día de una bofetada te callan, porque estas describiendo como tener sexo, cuando apenas tienes ocho años, ¿pero qué culpa podía tener yo?, si era algo en lo que mejor me desempeñaba. ¡Una mujer, cumple a su hombre!

Y la vida sigue y desmenuzo este pequeño pasaje de los ocho años de mi vida, porque hasta los doce años yo ya era más mujer de la casa que mi mamá y no porque ella no quisiera serlo, sino porque en el transcurrir de los días mi esencia de niña ya desaparecida, se transformaba cada vez más en esa mujer que en lo “normal”, esperas a que te llegue al menos a los 18 años, ya que mamá siempre estaba trabajando; los fines de semana la pasaba con las amigas con fiestas en la casa, yo visitando de casa en casa a los papás de mis hermanos, callando que si uno era mi papi, mi papá o mi papito, momentos muy complicados con demasiado peso, tratando de entender por qué más que niña, parecía yo pelota y la que en casa, debía hacer ¡todo!, sencillo, porque la única de la casa era yo, en donde tanta “libertad” y tantos “ejemplos”, dejaron que los vicios que la sociedad estandariza después de los 15 años, me sonrieran y se hicieran mis mejores aliados pues mi adicción al cigarro, al sexo y a sentirme grande iban en incremento, no entendían porque mi rebeldía, el cambio con mi madre y porque tantas faltas de respeto, lo que quiero pensar que nadie sabía y mucho menos ella, era que con tan solo doce años de edad le conocí hasta el más mínimo gesto y movimiento, porque sin que ella se enterara me obligaron a saberlo.

Empezarían las cobranzas de cada etapa en mi vida, creo que toda niña juguetea, hace berrinches, quiere dulces, cuentos o ¿no?, toda puberta se emociona, ríe, llora, se preocupa por sus cambios físicos ¿cierto?, solo que de un momento a otro llegué ahí, al primer día de clases de la secundaria y después de haber platicado con las nuevas compañeras, me recosté en la cama, y se rompió mi corazón, al escuchar historias del como mamá y papá habían cobijado y cuidado a esas protagonistas, del como su transición de niñas a adolescentes había sido un cuento de hadas, de que los príncipes azules empezaban a asomarse y que el único ogro que existía era el que estaba debajo de la cama,

después de los cuentos de terror que con leche y galletas contaban antes de dormir y que era emocionante hablar sobre cómo será la primera vez, pero de repente, una voz ronca susurraba en mi oído y su áspera mano se deslizó por mi entrepierna, interrumpiendo aquel pensamiento, en el que me preguntaba ¿dónde estaba yo?, y ahí me di cuenta, que lo que habían hecho conmigo por años, fue un abuso, que me convirtieron en una mujer desde los tres años, que mi brillo, mi esencia, mi inocencia se había perdido en esas manos ya arrugadas por el tiempo. ¿Qué le hizo tener el derecho de modificar cada etapa de mi vida, de estigmatizar mi rol en este mundo? Consciente estaba yo, de que todo eso tenía que parar, y con mucho miedo a las consecuencias tomé fuerza, levanté la voz y le dije ¡ya no más!

Esta mujer en la que me convirtieron tomó el coraje, y solo pensaba en la mejor forma de revertir todo eso, pero no conté con que el tiempo había pasado y mis ojos ya no miraban como antes, tomé el camino más fácil, pues el cuerpo de mujer, con la pizca de inocencia de esa niña, cayó en todas las perversidades que en su experiencia se fueron guardando, y me aproveché bastante de lo que a muchos hombres como a ese les gustaba de una mujer, pues calladita me veía más bonita, lo que no sabían era que a mis 14 ya había yo callado lo suficiente, pues ya experimentada no había quien me sorprendiera, incluso ni la primera vez, oh vaya primera vez, esa la tan soñada, la que terminó en el piso debajo de una cama escondida porque no era ni el lugar, ni la persona y mucho menos mi momento, pero ¿qué podía pasar que no supiera ya?, pues la mujer que hicieron crecer en mí, solo servía para eso. La estructura de mí ser mujer fue construyéndose en entregarse a cualquiera, donde fuera y como fuera, pues después de todo, el ser mujer en mí se representaba por la práctica constante de abrir las piernas, cerrar la boca y pensar en la siguiente “víctima”, pero ¿víctima de quién? porque en mi mente solo se construía la idea de que yo usaba a cada uno de ellos, por todo lo que ya uno había hecho conmigo, cuando en realidad seguía yo a merced y a la voluntad infinita de cualquiera que tuviera el poder para seguirme lastimando, de cualquiera que reafirmara que mi vida como mujer sería solo un pedazo de carne, un depósito de ganas.

Y cuando me convertí en quinceañera, creí que el amor no existía, que no sería para mí, pero ya sabes cómo es la vida, el destino, Dios, el universo, apareciendo al que ante los ojos de los demás no era ni el mejor, ni el peor simplemente no era nada. De golpe me miré en sus ojos y ahí supe que para mí, sería todo, me convertiría en la madre de sus hijos, tendríamos una casa enorme, nos casaríamos y seríamos muy felices, sí seríamos...

Experimenté con él, un chamaco casi de la edad, otra parte del ser mujer, cuando después de todo ese gran amor desmedido, apresurado, loco, adolescente y libre me dejó en la esquina de la calle llorando, pues ¿cómo le diría a mi madre y a su flamante esposo “el abusador”, que ahora albergaba mi vientre un nuevo ser?, si solo apenas tenía 15 años, ya sé, no sería la primer persona en la tierra que pasara por esta situación, pero qué haces cuando tú sí quieres, sin importar vivir debajo de un puente, siempre y cuando fuera con el gran amor de tu vida, qué haces con las responsabilidades que vendrían, qué te hace sentir el hecho de que por fin conoces a tu gran amor y que otra bofetada te lo arrebatará, que haces con tus sueños, tus ilusiones, tus esperanzas, cuando en el quirófano te dicen señora vamos a empezar y entre el aturdimiento de una anestesia y ese vidrio que deja ver el reflejo de la situación, comienzas a sentir como jalar, jalar y jalar, desprendiendo de ti la posibilidad de saber que es que con sus llantos te necesite y que pasado el tiempo te diga mamá.

Siendo uno de los precios más altos que mi inmadura mujer dejó que pasara, porque no era lo correcto, no era el momento y te debes seguir tragando todo lo que no debió ser, lloré, subí y bajé, aun después de esa experiencia que marcaría por completo mi ser mujer en el terreno de madre, pues así dejé que sucediera una y otra vez, ¿incesantes?, quizá, después de todo para eso servía.

El gran amor de mi vida, al que jamás olvidaré me dejó marcado a través del pasar de los años, en el cuerpo, en la mente y en el corazón su rastro, albergando en mí dos posibilidades de vida sin éxito, pero como todo en mi vida, se fue y en esa ausencia conocí a otro amor, pero de esos egoístas que te hacen firmar un papel y convierten tu vida adulta en tu infancia y recuerdas cada segundo, lo que no querías otra vez sentir, ni escuchar y mucho menos pasar,

pues me tocó ser la mujer, violentada, humillada, engañada, herida y abandonada y sabes por qué, porque me aferré a ser la señora de tal, descubriendo que quería por fin ser alguien, pero mi ceguera no me dejó ver que en realidad seguía siendo la misma personita que en nombre del amor lo permitía todo. Después de tanta violencia, de tanta palabrería ofensiva y de destruir por completo las cosas de un “hogar” me fui, me refugié en el amor que siempre quise, aunque esta vez ya no sería para siempre, caí por tercera vez y esa fue la vencida, me di la oportunidad de procrear vida, de sentir que alguien estaría más cerca de mí, un pequeño corazón, que aunque no sabía cómo hacerlo me aventuré a tenerlo.

Con 21 años de edad y en mi rol de estudiante me convertí en madre y ha sido una tarea muy difícil, pues cuesta trabajo recrearte para poder dar todo lo que un pequeño ser prematuro necesita, se acabaron los juegos, los ir y venir de mi alocada vida, y sabes esta responsabilidad de la que te hablé en un principio sobre ser mujer, se reafirmó cuando esa nueva vida en el futuro también sería, una mujer.

Tuve infinidad de pérdidas desde muy temprana edad, pero la que más me ha dolido ya no poder recuperar es a esa niña que por muchos años deseé ser, a la que le pudieron haber brillado los ojitos en un día de reyes o en un cumpleaños por la cantidad de regalos, a la que corriera y se estremeciera de amor y de cariño por rodear el cuello de papá con sus pequeños brazos y que mamá al verla solo le dijera mi pequeña, te amo.

Viví la indiferencia, la soledad, el miedo, la incertidumbre y la humillación del denigrar mi ser mujer en el momento que no era mío, ¿Cómo es que tan fácil se le ha hecho a una persona adelantar el proceso de una niña y convertirla en todos esos estándares de ser la mujer, mujer que yo no quería ser, que me dolió, me lastimó, que cambió mi perspectiva hacia la gran mayoría de personas, que mis ilusiones desaparecieron, que mis momentos jamás fueron míos, que mi vida no era mía, que mi refugio y mi fortaleza simplemente no sabían de mis dolores, mis temores, y que en el mundo no pueden existir las mujeres de tres años, porque va más allá de un rol, porque es más que el total de todas sus

experiencias y que se da a través del pasar del tiempo, pero, qué haces si solo eras una niña de tres años, niña que sobrevivía pero que nunca sentí que fui.

¿Fuerte?...

A mí parecer... fuertísimo, porque no encajaba, fui señalada, incluso el espejo me recuerda que esa mujer siempre ha estado ahí, que pareciera que se creó un imán en donde todo lo que deseo se va, se pierde, porque no es mi momento ya, y no porque no quiera o dude de mí, solo que como dicen coloquialmente voy adelantada y me convertí en el típico “en lo que tú vas yo ya fui y regresé” y he notado en mi camino que desde los compañeros, la familia, los amigos, el vecino y hasta la pareja inconscientemente viven en una lucha y el que te acepten tal como eres y con lo que tienes es complicado, no es que actualmente conozca todo o sea súper madura, me he equivocado, he caído y me he levantado, solo es incómodo querer actuar un poco juguetona y ahora no pueda por lo mismo de mi edad, pues con treinta años, se escucha el murmullo de que ya soy ridícula, que eso no va, que me comporte, porque ahora soy madre... pero sabes, en la actualidad y con mi acelerado proceso de crecimiento, de cambiar de una etapa a otra, en un abrir y cerrar de ojos, me di la posibilidad de entender que aunque yo no tuve la culpa de las muchas cosas que me han pasado, ya puedo seleccionar y decidir con qué me quedo, qué quiero y puedo hacer, cómo ser, estar, formar o acompañar.

No fue sencillo mi proceso, en mi mente sigue esa incógnita ¿por qué yo? Y aunque trato de buscar respuestas lógicas, observo a mi alrededor y mi misma circunstancia de vida me dice que la mujer de ahora, la verdadera mujer, sacó de toda esta lección que el rol tan estigmatizado de ser mujer, de vivir como mujer, va más allá del mismo sexo, de que puede ser doloroso, pero también puede llenarte de una cantidad enorme de experiencias y de las cuales ahora mi personalidad, mi carácter y mi estar aquí tienen significado, como hija, madre, hermana, amiga y ahora esposa.

He vivido ser mujer desde la perspectiva dolorosa, de la que no me correspondía vivir, de la que una niña de tres años jamás, jamás en la vida debe pasar, ¡solo era una niña!, que los errores en la vida de un adulto no deben de

determinar cómo será el futuro de un nuevo ser, porque de lo contrario podrías repetir la historia, no quiero sonar trillada pero ¡con los niños no!, Porque crecerán y se convertirán en esos adultos que tendrán no solo la existencia marcada, tachada, rayada, sino también el alma, el corazón y sin brillo esos pequeños ojitos que solo piden amor, tendrán esas heridas, ese pasado, un cuerpo dañado, maltratado y en su mente la incógnita, así como yo la tengo y que por toda mi vida he llevado y que sé que algún día responderé...

¿Cómo es ser niña? porque mujer, siempre he sido.

¿Perteneceer?

“Mariel de la Selva”

A mi “yo” del pasado.

Mucho nos quejamos de los estándares y criterios que tenemos que cumplir para que se nos considere *mujeres* en una sociedad patriarcal y de los tratos que vivimos por definirnos con esa palabra. Pero ¿qué pasa si no somos ni siquiera eso para el patriarcado? ¿Si ni siquiera podemos calificar como mujeres?

Mi experiencia como mujer ha sido al margen de una categoría ya marginal: como mujer con discapacidad motriz pasé toda mi infancia y adolescencia tratando de arreglar mi cuerpo, como si aquellas rodillas siempre dobladas, las caderas que se ladeaban sin control, los pies esqueléticos, no fueran suficientes para construirme como persona entera y fueran el motivo para ser excluida.

Mi fisioterapeuta solía “motivarme” a cambiar diciéndome que no caminara como “patito” que no podía dejar de mover las “pompas”. A veces incluso salíamos a practicar por el vecindario, siempre con las mismas instrucciones: “talón primero, luego la punta” “mueve los brazos al caminar”, “dobla la rodilla y extiende cuando des el paso”. Era una actividad extremadamente tediosa y frustrante, sin embargo, muchos de los adultos en mi vida insistían en que así iba a estar mejor.

Odiaba los ejercicios de terapia y practicar caminar, sobre todo por la manera en que mi terapeuta describía mi caminar natural: ¿Qué era eso de “patito”? No tiene nada de malo la manera en la que ellos se mueven pero ella lo decía siempre en tono despectivo y siempre cargué ese enojo conmigo.

A veces no practicaba con ella, a veces me acompañaba mi mamá. Yo iba siempre enojada de que quisieran que “caminara bien”, por lo que no lo hacía y hasta acentuaba más mi estilo nato, entonces mi mamá le preguntaba al vigilante “ay, Jorge, es que no lo quiere hacer ¿cuándo cambiará?” “Y él decía, no se preocupe, ya que tenga novio ahora sí va a caminar derechita” y yo pensaba “no, ni así lo voy a hacer” mientras ellos seguían discutiendo: “¿usted cree?”... “Sí, ¿verdad?”... etc.

Ese comentario del vigilante lo recuerdo hasta ahora porque nadie me estaba motivando a mejorar mi andar por los beneficios que podía tener para mi propia salud, nadie me explicaba que no era algo malo tener una discapacidad (ni si quiera me explicaban qué era lo que yo tenía). Ni mucho menos que el hacer esos ejercicios me iba a proveer con una mejor calidad de vida y menos deformaciones músculo esqueléticas a la larga, nadie me decía “hazlo por ti”. Siempre estaba la idea de hacerlo para parecer normal, la dicotomía de algo que estaba bien vs. algo que estaba mal y el pensamiento de hacerlo para que fuera agradable a la sociedad. No dudo que seres queridos sí tuvieran la intención de ayudar pero son torpezas que se cometen a menudo.

Cuando era niña me convencí de que no me importaba, y tal vez en ese punto realmente no tenía relevancia para mí, pero fui creciendo, mi cuerpo fue cambiando y me vi bombardeada por los familiares y de alguna manera actualizados comentarios malintencionados de mi terapeuta: “tu cuerpo sería más bonito si fueras más alta, así el torso luce más ¿por qué crees que las modelos son tan altas?”; además de toda la publicidad que percibía en revistas, anuncios, contenido de la TV, dentro de los que recibía la misma cosa una y otra vez: mujeres altas, de facciones finas, esbeltas, siempre muy derechas, sexualizadas para complacer a la sociedad occidental patriarcal.

Así, crecía cada vez más dentro de mí el deseo de formar parte de esa élite que todos querían alcanzar. Yo pedía de regalo de reyes que me hicieran más alta, que mi cuerpo fuera diferente, hasta que llegó un punto en el que, de tanto pedirlo y no obtenerlo, me quedó claro que nunca iba a suceder y me autoconvencí de no quererlo más. Incluso años después cuando observaba que compañeras de clase empezaban a tener parejas, yo me decía: “estás bien así como eres, a alguien no le va a importar tu manera de caminar, a alguien no le va a importar ir a tu paso, a alguien no le va a importar tu manera de pararte siempre doblada, alguien te tratará como una persona completa” y así apaciguaba el dolor.

No obstante, esa anestesia me duró hasta que estaba a punto de iniciar 5to. de prepa y una familia nueva se mudó cerca de mí.

Era un día cualquiera en el que mi hermana, mi mamá y yo veníamos regresando de la calle. Al entrar al edificio nos topamos con una mujer que cargaba cajas de cartón, nos sonrió y nos dijo:

—¡Ah! ¿Ustedes son las que viven aquí? —dijo señalando con la cabeza hacia nuestra puerta.

—Sí —respondimos las tres sonriendo.

—Ay, ¡qué bien! Es que nos acabamos de pasar para acá porque voy a trabajar aquí cerca en la universidad...

Mi mamá—: ¡Ay qué padre!

Ella continuó:

—¡Sí! Y bueno, las había visto desde el otro día que empecé a traer nuestras cosas y pensé que estaría bien que conocieran a mi hijo porque creo que es como de la edad de ellas.

—Ah sí, sí, cómo no —dijo mi mamá. Nosotras asentimos sonriendo.

—Nada más que ahorita está de viaje, regresa en unas semanas. Pero ya que venga le digo que baje a saludar un día.

Jamás pensé que lo fuéramos a ver. Desde mi punto de vista no tenía ninguna obligación. Pero, unas semanas después, en un día en el que estábamos todos juntos en la casa sin hacer mucho porque eran vacaciones de verano, sonó el timbre y al abrir la puerta nos encontramos con un muchacho no muy alto, de pelo castaño, ojos claros, y un olor a trapo húmedo bastante perceptible, aun así no estaba mal. Mi hermana y yo estuvimos platicando con él sobre cosas que nos gustaban en ese momento, sobre proyectos que teníamos en esos tiempos y que nos emocionaba hacer, etc. Cuando se fue nos pidió nuestros números de celular y dijo que él nos mandaba un mensaje.

Una vez más, no le di mucha importancia. No es que no me hubiera agradado, me quedó una buena sensación y pensé que tal vez se podría desarrollar una buena amistad pero que era mejor llevarlo con calma. Incluso con eso no imaginé que él realmente fuera a escribir. Sin embargo, en la madrugada,

mientras yo me distraía viendo videos en YouTube, me entró un mensaje que decía:

—Este es mi WhatsApp :)

Me quedé unos minutos pensando qué decir y escribí:

—Hola! No puedes dormir?

Ya no hubo respuesta y me quedé dormida pero al otro día en la tarde tenía más mensajes:

—Ya me había dormidoooo. Terminaste de ver tu programa? 😊

—Sii. Estuvo muy chistoso. Me dormí como a las 2 y me paré a las 6:40 😞

La siguiente madrugada, él escribió:

—Chale. Y por qué tan temprano?

—Porque tengo clase de francés los sábados a las 8.

—Yo tengo japonés igual a las 8 los sábados, jaja. Y qué tal, cómo va tu novela?

El curso de francés que estaba tomando no era tanto para seguir avanzando en módulos, pues era verano, sino era especialmente concentrado en mejorar la escritura. Una de las actividades del libro era que intentarás escribir el primer capítulo de una novela, el profesor decidió asignarnos esa actividad y yo la había tomado tan seriamente que estaba decidida a realmente escribir una de principio a fin. Ahora veo que era una actividad demasiado laboriosa a emprender, y más aún cuando todavía no dominaba muy bien el idioma.

En esa primera vez que nos vino a saludar yo le platiqué de mi idea muy entusiasmada, entonces él seguía preguntando al respecto. Yo respondí:

—Siento que va estancada y no quiero que sea una novela predecible y mala como típico best seller.

—Pero no crees que te estás presionando mucho? Digo, es en francés :/. Pues me puedes contar la historia luego si quieres aunque tengo curiosidad.

—Sí, puede que sí, es lo primero que trato de escribir así bien además. Hasta ahora va en que una muchacha que es mitad francesa y mitad mexicana está pasando las vacaciones de verano en México porque sus papás están

divorciados. Estando ahí, una familia francesa llega a vivir en el mismo lugar que ella y los empieza a observar ya que le causa curiosidad porque parece que tienen problemas con el papá. Ella va e investiga con una vecina que siempre sabe todo de todos y le cuenta que el marido acaba de perder su empleo y por eso está en México. Y también viene un poco la explicación de cómo es ella , su personalidad, que es muy divertida pero algo insegura y así, y me quedé más o menos en que decide conseguir un trabajo y encuentra uno de mesera en un restaurante. Va a su primer día y como estaba cansada choca con otro mesero al pasar y se rompen los platos y así y cuando se levanta se da cuenta de que ese mesero es uno de los hijos de la familia que estaba medio espiando. Más o menos eso

—Es época actual, verdad?

—Sip.

—Hmmm. Y has pensado cual sería como la trama? Supongo que no te decides, no? Pues ya con padres divorciados es más dramático XD. Tal vez ella encuentra en esas vacaciones en México. Algo.

—Lo he estado pensando pero no sé si volverlo de intriga o más bien volverlo una historia de amor Pues de amor sería más fácil y divertido tal vez, jaja A mí me cuesta mucho escribir relatos, se me ocurren muchas posibilidades y ya no me decido.

—Sii, o no sabes cómo unir los hechos...

—Sii. Bueno, buenas noches. Suerte!

Así nos seguimos comunicando varias semanas: a veces venía a mi casa y nos recomendaba películas, o libros, o incluso cosas que aprendía en internet; o si no, seguíamos platicando en WhatsApp y me preguntaba más sobre mí, como qué tipo de música me gustaba, resultó que a los dos nos gustaba Alizée, e incluso clasificó mi gusto musical como “clásico-retro”, también platicábamos de lo malo que nos parecía el programa de las Kardashian, de lo que hacíamos los fines de semana o mis clases de idioma.

Me parece que un poco antes de que comenzaran las clases, alguna vez que visitó, le conté que tenía parálisis cerebral, la verdad no recuerdo por qué razón. Suele ser algo que cuento de mí más o menos pronto al conocer a una persona nueva porque es una parte importante de quién soy.

Pero su cuerpo se tensó y enderezó su postura, yo seguía sonriendo pero estaba nerviosa. Él sólo hizo un leve “oh”, la verdad no recuerdo qué más dijo, sé que dijo algo, pero ya tiene muchos años. Lo que sí recuerdo tiene que ver más con mis sensaciones pues a partir de esa vez empecé a notar que me trataba diferente: esa familiaridad que habíamos ido adquiriendo, esas ganas de conocernos como nuevos amigos se fue borrando, aunque muy paulatinamente, a lo largo de meses. Y, cuando lo veía en persona tenía mucho “cuidado” al tratarme, como si yo fuera una figura de cristal que se fuera a romper con cualquier cosa, como si estuviéramos en niveles distintos, ya no como amigos que juegan “rudo” en el mismo. Muchas personas creen que están siendo respetuosos así, pero me hacía sentir excluida. Uno de esos días del verano fui al “gastro” a una revisión y me acompañó mi mamá. Mientras estábamos en la sala de espera, mi mamá recibió un mensaje de mi hermana diciendo que él había ido a pasar un rato. Yo ya quería regresar a mi casa porque quería participar junto con ellos.

Llegué a mi casa y fui al mismo cuarto donde ellos veían la tele sentados juntos en el sillón, yo decidí acompañarlos de pie mientras hacía mis estiramientos y ni siquiera me di cuenta de que ellos estaban incómodos, o no lo quería ver en ese momento.

Cuando comenzó la escuela sí seguimos platicando por mensaje sobre tareas, sobre las materias que nos gustaban, las que no etc. Entonces vino una tarde de fin de semana a visitar a mi hermana pero me pasó a saludar a mí: yo hacía tarea medio encorvada en un escritorio y cuando me paré a saludarlo, casi no me tocó, esperó con cautela, pero me dijo que se me veía muy bien el vestido que traía puesto.

Era un vestido negro con rayas blancas, de una tela suave y elástica a la vez, como con mucho movimiento en la falda, las mangas (3/4) y el torso eran más pegadas al cuerpo.

Le conté a mi mamá lo que me había dicho el vecino contenta y mi mamá respondió “¡Ah! Yo ya también te había dicho que te veías muy bonita, pero hasta que te lo dijo un niño, ¿verdad?!” y las dos nos reímos. Ese comentario del vecino me hizo subir mi autoestima pues en mi mente adolescente y más afectada por la heteronormatividad me hizo pensar que tal vez podría gustarle a alguien.

No obstante, esas ilusiones se quebraron un día pronto después en el que mi hermana iba a salir con él y yo quería ir con ellos también y no entendía por qué no podía, terminamos discutiendo mi hermana y yo, no recuerdo los pormenores, sólo una frase que dijo mi mamá cuando intervino, que “no dejáramos que nuestra relación se dañara por un niño”, o algo así, también recuerdo que lloré.

Yo no sé si él se enteró o si no hubo ninguna conexión, pero ya después de eso la comunicación con él se volvió mucho más esporádica y monótona, sólo tocábamos temas como si teníamos algún examen, o tarea o cosas académicas y ya nada de conocernos ni de preguntarnos de gustos o sueños. Para finales de septiembre ya se había acabado y nunca nos volvimos a escribir.

Ahora que lo veo en retrospectiva, creo que me ilusioné demasiado. Estaba acostumbrada a ser rechazada o corregida por mujeres siempre: mi terapeuta y múltiples compañeras de mi escuela porque siempre asistí a una escuela de puras mujeres. Supongo que creí que con este vecino podía tener un comienzo nuevo, ser aceptada y tener más vínculos, entonces me dejé llevar por su aparente interés en conocerme y por el comentario que hizo de mi vestido. Por eso, me dolió tanto que cambiara su manera de tratarme al enterarse de mi discapacidad, aunque eso pasa con muchas personas, tal vez sienten que *deben* mostrar cierta lástima.

Por otro lado, jamás consideré que al mismo tiempo que hablaba conmigo, hablaba con mi hermana y seguramente también se recomendaban series, música, libros, también se llegaron a conocer y probablemente tenían más cosas en común. Estaba yo tan “despegada” de la realidad que ni siquiera vi que aquella vez en la que yo me fui a meter al mismo cuarto en el que ellos veían la tele creyendo que todavía se trataba de un grupo de tres, estaban medio incómodos

porque ellos querían estar solos, estaban muy juntos y casi se tomaban de la mano.

Fue un punto en que surgieron todas mis inseguridades, todo lo que yo de niña me había dicho que no me importaba, que no iba a cambiar nunca, fue progresando hacía sí quererlo hacer, hacia querer pertenecer.

Y es algo que me cuestiono aún hoy en día, cada vez que escucho historias de mis amigas que han sido objeto de faltas de respeto distintas: supuestos “piropos” en la calle, miradas inapropiadas, en resumen, acoso, a diferentes niveles. Yo pienso: a mí nunca me pasa eso ¿o es que no me doy cuenta?, ¿o realmente nadie me ve porque casi siempre me voy apoyando de alguien?, es bueno que no me pase, ¿no?, mejor. O ¿si es mejor?, ¿qué significa?, ¿estoy “a salvo” o no?, ¿me puedo considerar mujer?, ¿me puedo unir a las demandas y a los gritos que escucho en marchas si realmente no me ha pasado?, ¿me quedo tranquila a un lado?, ¿debería querer pertenecer a eso?

Faro de luz

“Náyades Pegeas”

Con amor para todas las mujeres indígenas que van a cruzarse en esta historia.

Náyades Pegeas.

Desde que nací pasé a ser parte de ese 6% de población indígena que vive en la pobreza, ese número tan pequeño pero tan difícil de llevar a costas y que representa un cúmulo de barreras sistémicas a las que tendrás que enfrentarte toda la vida; se adicionó a ello el hecho de nacer mujer en una comunidad en la que serás los siguientes años de tu vida o la totalidad de ella invisibilizada; entré pues a este mundo sin un ápice de idea de lo que ocurriría a lo largo de mi vida y con una desventaja abismal.

Cuando tenía tres años, entusiasmada porque mi hermana mayor entraría al jardín de niños, mi terquedad, mis berrinches e insistencia hicieron que mi madre me enviara a mí también como oyente, en mi comunidad los padres solo enviaban a sus hijos al último año pues se consideraba una pérdida de tiempo y recursos (no los había), sin embargo mi entusiasmo hizo que fuera una niña destacada, así pues, fui de las pocas niñas que cursó los tres grados del jardín de infantes.

Cuando ingresé a la primaria comenzó una batalla que sobrellevaría muchos años, lo primero que recuerdo de los profesores es la violencia que se ejercía sobre mí y mis compañeros al hablar en nuestra lengua “ditzá” (zapoteco) en el salón de clases, lo entendí rápido de esta manera: “era prohibido”, “era malo”, me forcé y esforcé en tener un español que yo consideraba perfecto, aprendí a no sisear las palabras, a imitar a los maestros en su forma y manera de hablar para que nunca me tocara aquel reglazo nuevamente, sin embargo en este camino llevé la violencia a casa, lo ejercí sobre mis abuelos, sobre mi madre, mis hermanas, mis primos y todo aquel que venía a casa y hablaba en español, corregía a todos cuando alguna palabra no estaba bien pronunciada, o no tenía la terminación correcta o cuando la frase no era correcta, las personas a mi alrededor decían “que inteligente” y me sentía orgullosa por ello, hace unos años supe que aquello que yo hacía se llama “violencia lingüística”, la ejercieron sobre mí y yo la repliqué fácilmente, ¡me arrepentí claro! y lloré por no valorar el

esfuerzo que todas las personas de comunidad hacemos por aprender una segunda lengua para poder mimetizarnos y sobrevivir en esta sociedad, comprendí el dolor de mis abuelos y otras personas al dejar de hablar su lengua y sustituirla por el español, porque también fue mi dolor, nadie lo dice, pero es un secreto a voces que muchos de ellos sufrieron algún tipo de discriminación o violencia física, como lo que hacían mis maestros, lo que los obligó a ir olvidando su lengua o sustituirla o mezclarla con el español, hasta destinar su lengua solo para ciertos espacios, nos replegaron, nos asustaron, nos vendieron aquel discurso de que “era malo” sin decir una palabra, por eso me volví activista, por eso hoy defiendo mi lengua y soy traductora para que más personas como mis abuelos, mi familia u otros niños no vuelvan a sufrir situaciones como esta, que no sientan miedo de conservar su lengua y usarla en los espacios públicos.

Lo siguiente que recuerdo es que muchos estudiantes se burlaban de mi estatura, era una niña pequeña, mi desarrollo fue muy muy lento y era enfermiza, no participaba en danza, ni corría en los recreos como los demás, no participaba en los deportes, ni en los honores, así que aguante todo tipo de *bullying* escolar y por lo tanto no tuve amigos, me acompañé siempre de mis hermanas o mi prima, me concentré pues en ser siempre la mejor de la clase, me gané más apodosos con ello y el rechazo de otros, me comenzó a dar miedo participar, pensaba que ser lista era malo porque nadie quería llevarse con una sabelotodo, me convertí en una niña solitaria e introvertida.

Desde los cuatro años recuerdo que mi padre ya había emigrado a los Estados Unidos pues en nuestra comunidad no habían muchas oportunidades, en su ausencia mi abuelo paterno tuvo las riendas de mi casa muchos años, recibimos pues esta educación propia de las comunidades plagadas de machismo y lideradas por el patriarcado y se veía a mis ojos así: “las mujeres no rezongan, no opinan, ¡se hace lo que dice el abuelo!, no puedes salir de casa si no vas con un varón, aprende las faenas de hacer tortilla, tejate, lavar la ropa, aprender a bordar, a atender a los varones, ¡no debes hablar en la mesa si hay hombres!, no puedes opinar en las pláticas de adultos y menos en la plática de los varones”, así agregue más puntos a mi personalidad introvertida, pero no estaba conforme,

cuando mi abuelo se iba o se levantaba de la mesa, yo no hablaba, gritaba por si aún no iba lejos y escuchara mis palabras, me molestaba, a veces mi abuela me escuchaba, a veces solo se reía y otras veces me silenciaba, la justificación era que el abuelo siempre había sido así, que debíamos comprender, no entendía este razonamiento porque a veces era injusto y a veces uno también tenía ideas de cómo hacer las cosas mejor, pero no teníamos la oportunidad de hablar por ser mujeres y menos cuando aún eras una niña.

Hubo un punto decisivo en mi vida cuando mi hermana mayor habló con mi mamá porque quería seguir estudiando, en mi comunidad las mujeres solo cursaban la primaria, después muchas se casaban o se comprometían, por lo que ya no había más posibilidades de estudiar o hacer algo, la única posibilidad que se vislumbraba para algunas de nosotras con “más recursos” era asistir a la telesecundaria, estudiar otros tres años e incluir en tu preparación labores para ser ama de casa, pues en esta escuela te enseñaban a cocinar, bordar y otras faenas consideradas propias de las mujeres que serían doblemente reforzadas en casa o adecuarse a lo que tu marido o prometido te permitiera hacer, así que cuando mi hermana hizo esta petición hubo miedo y mucho nerviosismo, le preguntaron no sé cuántas veces si estaba segura, a mí me dio felicidad, sabía que si le daban permiso a ella entonces tendrían que darme permiso a mí también, mi madre se enfrentó a mi abuelo y lo planteó de esta manera: “no tengo hijos varones, todas son mujeres (somos tres hijas) ¿por qué no le ayudamos?, si vemos que no puede pues ella misma se va a desencantar y luego ya ve si le busca marido”.

Lo escuchamos detrás de la cocina, agazapadas junto al tanque de gas, mi hermana, mi prima y yo, pero mi madre endulzó el oído de mi abuelo con esas palabras, mi abuelo creía y reafirmaba cada que se dirigía a nosotras que éramos tontas, que no sabíamos ni echar tortillas, que no sabíamos ir al campo ni usar un rebozo cuánto menos sabríamos usar un lápiz, de tal manera que en el convencimiento pleno de sus propias palabras accedió pensando que no pasaría del primer año escolar, pero mi hermana no quiso ir a la telesecundaria, alguien le hablo de la Secundaria Técnica que estaba en la cabecera, mi mamá averiguó y

la inscribió, hubo mucha alegría cuando fue aceptada, abrió el camino para mí y para mi hermana menor pero no fue fácil, hubo muchos problemas después de esto porque se consideraba un gasto enorme, dinero que según mi abuelo se tiraba a la basura junto con el tiempo, porque nos íbamos a casar y entonces no valdría la pena el esfuerzo y en casa hacían falta las manos para ayudar en el campo y en los deberes, nos regañaba todo el tiempo, tiraba nuestras libretas, cuando nos veía haciendo tarea nos decía que la escuela no servía para nada, que nos pusiéramos a hacer algo de provecho, así que comenzamos a hacer tareas cuando no estaba y si lo escuchábamos llegar guardábamos corriendo los cuadernos y corríamos a buscar que hacer, pero no sucedía lo mismo con mis primos, ellos eran elogiados, aunque fueran menos destacados siempre les aplaudía, les decía que llegarían a ser hombres de palabras sabias, esta diferencia me daba mucha rabia, rabia que tuve que aguantarme muchos años.

Hoy sé que estas costumbres y acciones fomentan el machismo y la disparidad de género, que la ignorancia lleva a los hombres, como mi abuelo, a pensar que el único rol de la mujer es el de ser madres y amas de casa, que estas acciones cortan en las mujeres indígenas los deseos de soñar y de pensar en otras posibilidades, no lo entendía de niña, lo comprendí muy tarde y lo sigo trabajando actualmente, porque reparar el daño lleva mucha deconstrucción personal y tiempo.

Durante esos años mi madre comenzó a trabajar cosa que fue mal vista en la comunidad y en la familia, mi abuelo comenzó a administrar el dinero que enviaba mi padre, surgieron más problemas, pero mi madre fue decidida, buscó desesperadamente que no se perdiera aquella oportunidad de que sus hijas tuvieran un futuro mejor, era una ventanita de salida, una esperanza, así que vendió de todo, maquillaje, *tupperware*, vendió flores, ropa; tuvimos un huerto y vendimos la cosecha, vendió y vende aún en la actualidad piñatas; vendió y sigue vendiendo comidas, se hizo cocinera tradicional (hasta apareció en un libro y en muchas notas de internet). Tuvo muchos trabajos, a veces los dejaba por la presión de mi abuelo, otros por la carga de responsabilidades que la misma comunidad te impone cuando eres ciudadano y no hay un varón que responda por

tu familia, fui testigo de que en esta desesperación y frustración por conseguir recursos para llevar a casa mi madre sufrió depresión por un año (no lo sabía, en las comunidades nunca se habla de salud mental y las mujeres pocas veces tienen acceso a un servicio médico), yo pensaba que era cansancio, a veces lloraba, otras dormía nomas al llegar, estaba cansada generalmente más de lo normal. Yo comencé a trabajar en los lugares donde ella trabajaba para aminorarle esta carga, me enfurecía que mi padre no tuviera conciencia de lo que implicaba tener hijos y de los gastos, me enfurecía que mi abuelo la reprendiera cada tanto, a veces cuando dormía con ella me decía “estudia, échale ganas para que no trabajes tanto como yo”, a veces la oía decírselo a mis hermanas también, éramos su esperanza y yo me quedé con esa semillita en mí que ahora se considera como ser emprendedora, mi madre no lo sabía, no se dio el tiempo ni de meditarlo pero nos sacó adelante.

Yo comencé a trabajar durante estos años, salí de casa apenas tuve 13 cuidé una niña y a cambio la familia me daba casa, alimento y me llevaban a la escuela, veía a mi madre cuando iba a lavar dos veces por semana, regresaba a mi casa los fines de semana, le echaba por ello muchas ganas a la escuela, seguí sufriendo *bullying* y tampoco tuve amigos así que no tengo recuerdos memorables de mi paso por la secundaria. Tomé el taller de contabilidad porque todos decían que yo era buena con los números y enfoqué mi atención en eso, comencé a ser proveedora en casa y a enseñar muchas cosas a mi madre, a veces creo que mi madre fue creciendo con nosotras porque le emocionaba todo, era muy joven y ver palpable esas oportunidades que nos acercó y defendió le daban alegría.

Salimos de casa de los abuelos, comenzó a hacerse de sus propios ingresos, creo que nadie le quitará nunca esa satisfacción, le enseñé a llevar sus cuentas y sus registros, a ordenar el dinero, eso le ayudó a iniciar muchos de sus pequeños negocios que nos ayudaron a subsistir cuando no tenía un trabajo estable.

Cuando ingresé a la preparatoria hubo más dificultades, ya no era solo el hecho de que en casa no hubieran suficientes recursos, sino que para acceder a una preparatoria debíamos viajar hasta la ciudad, nos levantábamos a las 4:30 de

la mañana con mi hermana y caminábamos hasta la única avenida que atravesaba nuestra comunidad para tomar el camión de las 5 a.m. que estaba destinado a los estudiantes que íbamos a la capital del estado, éramos apenas 8, éramos los niños afortunados, el camión nos llevaba a la comunidad cercana y de ahí había que hacer el transbordo; fueron años muy difíciles, mi hermana desistió en el segundo año pero no la forzaron a casarse, tomó una carrera corta de estilista que tampoco pudo terminar, creo que se decepcionó de no tener los recursos para todo el material que exigían, así pues le presentaron la opción que hay para muchas chicas de comunidad, migrar a México y ser trabajadora del hogar. Se fue, yo logré culminar la preparatoria, seguí sufriendo *bullying* por mi estatura, mi complexión, hice dos amigas, por una de ellas supe que existía el grado universitario. Me mudé a casa de mi tío, durante estos años fui testigo de la violencia física hacia mis primas, no me gustó, me daba miedo que fueran a golpearme a mí también, mis primas se desquitaban conmigo, siempre eran groseras porque la violencia se replica muy fácil, así que me mudé, trabajé un tiempo en una papelería y a cambio me dieron cama y comida, pero no duró mucho; regresé a casa y preferí viajar el último año aunque me levantara de madrugada, trabajaba con mi mamá siempre, en vacaciones o después de clases porque sabía que era difícil para ella darme a mí y a mi hermana menor lo del transporte y comidas y además proveer lo de la casa.

En esta etapa conocí por primera vez la discriminación, sucedió por un trabajo en equipo, teníamos que ir a la biblioteca del estado, ese día llevaba una falda larga (ni siquiera era tradicional porque en mi comunidad ya hacía años que se habían dejado de usar), pero recuerdo que me bajé del autobús donde me había dicho mi madre y caminé buscando la dirección, llevaba mi pequeño croquis en un papel y el nombre de las calles y algunas tiendas que mi mamá recordaba, la gente me miraba de arriba a abajo, fue una sensación horrible, sientes como si fueras desnuda por la calle y aunque yo intentara parecer “normal”, mi piel, mi vestimenta daban fe que no era el estereotipo de “una niña de ciudad”. Llegué a la biblioteca y mis compañeras de equipo que nunca me habían visto sin uniforme se rieron, me dijeron que “ahora sí parecía una niña de rancho”, dolió mucho,

porque en México a pesar de que nos decimos muy orgullosos de nuestras culturas, las personas indígenas somos duramente criticadas, vulneradas, discriminadas, nuestra ropa ofende, nuestro hablar se encasilla, nuestra piel queda expuesta y todo eso duele, te deja un hueco y una herida en el alma que no cicatriza nunca, pero yo no sabía que eso se llamaba discriminación.

Simplemente en mi mente de adolescente no entendía por qué era diferente. A partir de ese día traté de vestir más como una “chica de ciudad”, quería que me trataran sin tanta diferencia, quería encajar, quería estar a la moda, pero los recursos de mi familia eran escasos, yo recibía la ropa de mis hermanas, fui siempre la última en usarla por ser la más pequeña, todo se reparaba para que estuviera a mi talla, cuando conseguía trabajar compraba algunas cosas para mí, lo hacía a escondidas, me daba miedo y me regañaban. Mi mamá comenzó a trabajar en casa (de entrada por salida), las hijas de su patrona nos regalaban ropa, zapatos, nos sentimos muy afortunadas estrenábamos más seguido, para nosotras era ropa bonita, elegante, mi mamá se ahorró mucho con esto, nosotras comenzamos a sentirnos como “niñas normales”, ya se nos miraba de otra manera o no nos miraban, entre las niñas de mi comunidad éramos “fresas”.

En el último año de la prepa mi amiga estaba eufórica por elegir universidad, me insistió para que buscáramos información, no podía compartir su felicidad, sentía esa oportunidad como algo muy difícil, no habían recursos, veía a veces el coste de la ficha, la inscripción, los pasajes, todo se me hacía demasiado, como un lujo que no podría alcanzar y aparte no sabía cómo decir eso en casa sabiendo que apenas se vivía al día y entonces vino la luz, uno de mis tíos que emigró a Estados Unidos logró tener su *Green Card* y vino al pueblo de vacaciones. Yo llevaba 15 días discutiendo y suplicándole a mi abuelo para que apoyara mis estudios, para que convenciera a mi padre de enviar algo más de recursos para intentar hacer el examen de selección y pagar el curso propedéutico, así que el día que llegó mi tío estábamos discutiendo muy fuerte, estudiar me dio el derecho de exigir frente a él lo que yo quería, me convertí en la “rebelde”, pero una de las cosas que agradezco de emigrar es que abre el

panorama a aquellos que salen, miran otra calidad de vida, otras personas, otras oportunidades, así que mi tío me dio la razón y a regañadientes de mi abuelo me llevaron a sacar mi ficha, me enteré ese año del monto de dinero que mi padre enviaba y que de ello solo una cuarta parte llegaba a manos de mi madre, me enfurecí por mucho tiempo, la violencia económica que ejerció sobre mi madre le pasó factura a ella y a nosotras muchos años, así que en esa desilusión, impotencia y rabia dejé de frecuentar a mi abuelo.

Apliqué a otras dos universidades más, apliqué a ellas por seguir a mis amigas, eligiendo las carreras que ellas elegían porque yo no tenía ni idea, no hubo en mi familia una orientación para ello y si lo hubiera habido estaba negado a las mujeres; recuerdo que pedí consejo a un licenciado, pariente de mi padre, su respuesta fue “¡ni lo intentes! está muy difícil entrar y si lo logras es más difícil todavía, eso no es para mujeres, ni vas a poder”. Con estas palabras se desanima cualquiera, no hice caso, así que ahí estaba yo esperando resultados con mucha más preocupación por el coste de ello que por si entraba o no; y llegaron las respuestas, vocearon un día mi nombre en el aparato de sonido de mi comunidad, mi mamá se asustó. Que llamen a una muchacha al palacio municipal significaban problemas, así que me cogió del brazo y me llevó, pero me regañó todo el camino, me preguntó si había hecho algo mal no sé cuántas veces, llegué muerta de miedo. En aquel entonces había una oficina de correos que cuando llegaba algo diferente a una carta lo llevaban al municipio y los señores del cabildo lo abrían o no dependiendo del destinatario, si era conocido no lo abrían, si no lo era y el paquete era “sospecho” lo abrían y una vez veían el contenido lo entregaban al dueño, eso paso conmigo; era una mujer desconocida que recibía un sobre amarillo, pesado, así que lo abrieron y luego me llamaron, muchos años pasaron para que yo entendiera que aquello era ilegal, un delito que incluso está en el Código Penal, un delito que vulnera tu privacidad como mujer y como ciudadano, pero en mi comunidad la ley no existía, no se conocía, era así y ya, así que ahí estaba yo, frente a todos esos señores con un miedo inmenso pensando qué había hecho mal, luego el presidente habló, mi madre contestó por mí no sé cuántas cosas, luego me felicitaron y aplaudieron, ahí recobre el sentido de la

realidad, lo que había llegado era mi carta de aceptación del CIDE campus Veracruz, junto con muchos papeles (información sobre el curso propedéutico, la residencia, los costos, el cuadernillo de estudio, la guía temática); tuve que agradecer a cada uno de esos señores con más vergüenza que felicidad, yo ni siquiera le había dicho a mi madre que había aplicado a esa universidad, me regañó mucho y la poca felicidad que experimenté ese día se esfumó rápido, pues me dijo tajantemente que no, que era demasiado caro, demasiado lejos, no pude objetar nada, era consciente de ello.

Mi segunda aceptación llegó un día de clase, todos esperamos a que fuera la hora del recreo para que algún compañero comprara el periódico del día y nos lo prestara para buscar nuestras fichas, mi amiga dijo que ella compraría uno, lo hizo, así que nos sentamos las tres a buscar los números de nuestras fichas, aún recuerdo que aparecí en la página 12, mi número y el “aceptado”, estaba muy feliz.

La tercera se publicó en las oficinas de información que tenía la universidad en la capital así que fui sola, aparecí en la primera lista, fue la primera vez que me sentí muy orgullosa de mí misma, así que por este júbilo elegí esa universidad.

Mi madre emigró ese año, se fue a México como trabajadora del hogar, siguió los pasos de mi hermana, su salario nos dio la capacidad de sobrellevar mis gastos universitarios, y los de prepa de mi hermana menor; por sugerencia de varios compañeros apliqué para la beca por estudio socioeconómico, así que por dos años no pagué ninguna cuota universitaria, me mudé a tres horas de la capital y cuatro de casa, lo que implicó una renta. Iba a casa cada mes porque viajar costaba, la universidad no distó mucho de la experiencia de mis otras escuelas, sufrí *bullying* por mi acento, aun cuando yo juraba que tenía un español perfecto se notaba que venía de una comunidad, sufrí la exclusión de mis compañeros por no tener recursos para salir a los viajes escolares o ir a los cafés o bares, comencé a negar mi lengua y mi origen, mi universidad fue de tiempo completo pero me las arreglé para trabajar y vender cosas en mis horas libres u horas de comida.

Mi papá habló por teléfono con uno de sus primos de la capital y le compró una de sus computadoras, era de segunda mano pero cuando me la dieron yo me sentí soñada. En cuarto semestre falleció mi padre, la parte proporcional que aportaba a mis estudios se esfumó y con ello vino el primer año que dejé la universidad, no sabía que había otras opciones escolares, nunca lo pregunté, los gastos superaban el esfuerzo mío y de mi madre, me sentí frustrada y triste, me fui a México a trabajar en casa, no sabía cómo funcionaba el mundo laboral, ni que había otras opciones laborales con los conocimientos que ya tenía, porque nunca se me plantearon, así que seguí el camino que conocía y por el que mi madre y hermana transitaban. Sufrí mucha violencia trabajando en casa ese año, horarios extenuantes, lugares precarios para dormir, las mal pasadas por los excesos de trabajo se hicieron presentes y en algunas casas recibí una ración de comida insuficiente; mi hermana tuvo suerte y mi mamá también, las trataban bien, tenían lugares cómodos para dormir, recibían buen salario, pero las jornadas de trabajo siempre eran muy largas, el panorama que yo vi me asustó sobremanera, por eso en la actualidad me gusta ser activista y promotora de los derechos de las Trabajadoras del Hogar porque sé que muchas mujeres como yo han llegado a estas casas que ofrecen condiciones inhumanas y hay que cambiar esta situación, eso se puede hacer una vez que atraviesas la experiencia, con la educación, la capacitación, el conocimiento pleno de tus derechos y la visibilización de la problemática.

Volví un año después a la universidad, me redujeron la beca por haber dejado la escuela, cursé dos semestres más y volví a dejarla, era insostenible financieramente y se sumó el hecho de que mi hermana mayor quedó embarazada, debíamos hacernos cargo, así que mi educación fue sacrificada. Aún ahora sigo considerando que las universidades pocas veces tienen en cuenta las condiciones y contexto en que los estudiantes indígenas llegamos a las aulas, es una barrera sistémica y económica difícil de atravesar, eso me pasó a mí, me planteé no regresar nunca, pero mi hermana menor había perdido la prepa, siguió el camino conocido de migrar a México como Trabajadora del Hogar, así que mi madre insistió en que regresara a terminar la universidad.

En mi octavo semestre quedé embarazada, me sentí muy feliz, pensé que tenía un noviazgo sólido, pero fue lo contrario, sufrí violencia psicológica a manos de mi pareja, la manipulación me hizo pensar que mis decisiones, pensamientos y deseos eran erróneos, la esperanza se esfumó, la amenaza de abandono me puso en una situación de miedo y angustia, me sentí fracasada como mujer, como hija. ¿Cómo le diría a mi madre aquello?, en medio de todo esto tuve un aborto y mi relación terminó, lloré por todo, por mi fracaso como madre, como hija, como estudiante, como pareja. Terminé la universidad con un cuadro de anemia terrible, el desgaste económico de los últimos proyectos me hacían decidir entre comer o pagar los materiales para presentar, opté por lo segundo, quería terminar lo más rápido posible pero me pasó factura, tuve apenas el recurso para pagar la comida de graduación y la foto grupal, nada más, no me titulé y ni siquiera lo mencioné, sabía que era una cantidad que no podríamos juntar nunca.

Mi familia se resquebrajó un año después, me fui a vivir con mis abuelos maternos un tiempo y luego me mudé a la capital de mi estado, me ayudó a independizarme, sentí que por fin tenía la libertad de decidir qué hacer, no tenía más responsabilidades que yo misma, quedé embarazada nuevamente, tuve mucho miedo, mi pareja en aquel momento enfureció, no lo quiso, no estaba en sus planes, la violencia psicológica volvió, así que fui forzada a abortar en una clínica clandestina y la relación terminó, me sentí como una criminal, comencé a sufrir depresión, perdí mi autoestima, por segunda vez me sentí fracasada como madre y como mujer, no se lo conté a nadie, guardé ese dolor por miedo.

Meses después me mudé a otra ciudad, me inserté en una sociedad más grande, una jungla, el choque cultural fue impactante aunado a que empecé a sufrir de primera mano la discriminación en sus diversas formas y en diferentes espacios, la verbal fue la más dolorosa, porque las palabras hieren demasiado, las huellas que deja la humillación es enorme, es un pozo profundo; la desigualdad salarial por ser mujer y ser foránea fue otro, la negación de oportunidades por tu color de piel, por tu acento, por la universidad de procedencia le siguieron, se sumó a ello la violencia emocional por mi apariencia, el clasismo se hizo presente en muchos espacios laborales en los que estuve.

Aprendí a sobrellevar todo ello, entré y salí de periodos depresivos funcionales; estaba sola, en una ciudad en la que no conocía a nadie, en la que no podía volver a casa fácilmente, así que intenté mimetizarme, encajar, quería ser aceptada de alguna manera, aprendí costumbres nuevas, adopté nuevas formas de vestir, de llevar el cabello, de hablar, de comportarme, pero pagué una factura muy alta por ello, mi salud emocional y mi autoestima, y luego llegó la pandemia, perdí un trabajo que consideraba fabuloso, me sentí devastada, fracasada profesionalmente, se terminó de romper la poca salud emocional de que disponía y entonces me acerqué a una asociación de mujeres indígenas como yo, me identifiqué con muchas mujeres que conocí ahí, me motivaron, en medio de la pandemia comencé a emprender, así que en mis momentos funcionales tomé infinidad de cursos y participé en muchos proyectos nuevos. Se abrieron para mí posibilidades que nunca había imaginado, por primera vez me sentí acogida, productiva, empecé el activismo para defender los Derechos de las Mujeres Indígenas y visibilizar todas las situaciones a las que nos enfrentamos en el ámbito urbano; comencé y sigo aprendiendo sobre el camino del emprendimiento, pude conseguir un empleo casi a mediados del 2022, pero me topé de frente con el *gaslighting* y nuevamente hice frente a una violencia psicológica mucho más dura y agresiva.

La asociación me brindó la ayuda psicológica gratuita y necesaria cuando lo solicité, algo que hasta la fecha sigo llevando; las mujeres que conocí me dieron la fortaleza de dejar ese trabajo, me sumé al equipo para gestar proyectos que puedan ayudar a las mujeres a ser más independientes en el aspecto que deseen y acercarles las oportunidades que a veces creemos imposibles. Me sigo capacitando y deconstruyendo todos los días para sanar todas las huellas y heridas que acumulé a lo largo de mi vida. Por primera vez en este grupo estoy aprendiendo a mirarme con amor y cariño, estoy aprendiendo a construir relaciones sanas, me estoy rodeando de gente positiva que me felicita por mis logros y por lo que estoy haciendo, sé que muchas mujeres del grupo me han inspirado y ayudado y que soy también inspiración y ayuda para muchas otras, estoy aportando lo necesario para abrir el camino que para nosotras fue difícil

transitar pero que haremos fácil para las generaciones de mujeres indígenas que vienen detrás, quizá nuestro granito de arena ayude a minimizar las heridas que muchas traemos auestas. Seré y seremos el faro de luz para esas mujeres que como yo un día salieron de casa y se sintieron perdidas en esta ciudad y en la vida, daré la calma necesaria para el dolor que a veces compartimos y extenderé la mano para ayudar mientras me sea posible.

Ndeé na shgalnabanía, per na toib brü shteniu por si ni naán uná.
Esta es mi historia de vida, pero es un poco de la tuya porque somos mujeres.

(Ditzá, Zapoteco del valle / *Náyades Pegeas*).

Ser indígena

“Sitlali Uexnemi”

Dedicatoria

A mis padres que han dado lo mejor de mi existencia, la capacidad de superarme y estar en cada paso de este largo camino.

A mis hijos y a mi esposo que en el andar han sabido comprenderme, cada uno de ustedes me ha motivado a seguir adelante, gracias a todos los que han recorrido conmigo este andar porque me han enseñado a ser más humana y sobre todo me han fortalecido con más experiencia y conocimientos que al paso del tiempo he aprendido, en cada parte de mi vida.

Ser indígena

En un pueblito de nombre El aguacate, ubicado en el municipio de Huautla, el 16 de julio del año 1980 nace *Sitlali Uexnemi*, una niña llena de ilusiones y muchos sueños por delante que cumplir. Conforme pasaba el tiempo crecía y con ello muchas experiencias y vivencias, en donde cada una de ellas me daban un buen aprendizaje.

Desde los seis años, recuerdo cuando mi papá tocaba con mucha alegría su jarana, al compás de aquel chiflido de una canción que dedicaba a mi mamá y desde entonces entendí –que a pesar de las dificultades que viviéramos como familia– ellos salían adelante dándonos educación, aunque quizás no nos demostraban mucho amor pero la tenían hacia nosotros. Digo nosotros porque éramos siete hermanos, seis mujeres y un hombre; yo soy la de en medio, sí la número 4, la cuarta más bien dicho, también porque la tercera se nos adelantó, por un trágico accidente y que hoy nos acompaña como un ángel en el cielo; un hecho que devastó a la familia en 1997, pero no quiero detenerme en este triste pasaje.

Me centro en cuando yo tenía ocho años, mi abuelita solía cuidarnos pero a la vez darnos las enseñanzas necesarias que teníamos que aprender, porque mi mamá no podía ya que se encargaba de hacer pan y así salir a vender para buscar el sustento de la casa. El escuchar mi nombre cuando mi abuelita gritaba me daba miedo: su voz era fuerte, con una actitud de prepotencia, que en la mayoría de las veces que nos hablaba, a mis hermanas y a mí, era para

ordenarnos a realizar una tarea de la casa, como barrer, ir por agua al pozo, lavar nixtamal, cuidar los guajolotes, hasta moler en un molino de mano y, en ocasiones, en metate.

No nos gustaba pero teníamos que hacerlo para aprender. Lo mejor que pudo haber pasado fue que nos enseñara a hablar la lengua indígena: el “náhuatl”. Desde que aprendí a hablar pude pronunciar mis primeras palabras en esta lengua y, gracias a ello, hoy en día me siento orgullosa de poder hablarlo.

Muchas vivencias y aprendizajes tuve junto a mi abuela y a mi madre, porque mi padre se iba toda la semana a trabajar como maestro en una comunidad indígena muy lejana, era un poco ausente, pero sin olvidarse de que estábamos juntos como familia.

Un hecho que nunca olvidaré es el paso de un huracán en el año de 1990, escasos 10 años tenía yo, cómo olvidar el arroyo que está enfrente de la casa. Creció como un inmenso mar y que a su paso arrasó con todo lo que había: la casa, los animalitos, pollos, puercos, la tele, la cama, ropa de todos; la casa destrozada, al igual que la producción de maíz y frijol que papá había cosechado. Se llevó hasta las ilusiones que teníamos de salir adelante y poder superarnos.

Mi hermano y mi hermana mayores estuvieron perdidos en la ciudad de Huejutla, ellos estudiaban allá, en ese lugar donde el huracán “Diana” dejó muchos muertos; mi madre desesperada, sin poder saber nada; los caminos cerrados por las caídas de los árboles, las carreteras quedaron sin paso. Al fin de un mes mi madre, viajó hasta Huejutla, caminando y preguntado de casa en casa por mis hermanos hasta encontrarlos, fue algo muy lamentable que al escribirlo aún siento mucha nostalgia.

Mi papá a pesar de haber pasado por esto no dejaba su jarana y su huapanguera, porque era lo único que quedó colgado en la pared. Todas las tardes tocaba y tocaba, quizás para olvidar un poco lo vivido. Aun así, seguimos pasando los días sin tener un hogar y en los que las autoridades se hicieron de la vista gorda para no apoyarnos. Si comíamos un taco era porque la gente del pueblo nos regalaba a diario y así pudimos sobrevivir.

Al paso de un año regresamos a nuestro hogar, en la casa que el huracán había dejado casi colgando. Las paredes sucias y marcadas por el agua de lodo que alcanzó hasta arriba; seguimos cada uno en nuestras escuelas, tanto para mis hermanas como para mí nos volvió un poco la esperanza de seguir estudiando.

A pesar de las carencias que padecíamos, a mí me llamaba mucho la atención cuando mi papá se iba a tocar en los ensayos para las danzas, como la de los Mecos, danza que se baila en carnaval, o la de los Cuanegros y Matlachines en Xantolo, o la de Inditas en la fiesta de la virgen de Guadalupe. Me gustaba escuchar la música tradicional, mientras aprendía los pasos, el significado de las costumbres y tradiciones de mi pueblo, darle vida a mis raíces, que era lo que amaba y así seguir año con año bailando la danza de Inditas junto a mis hermanas.

Era la única danza que bailábamos porque para nuestros padres y abuelos la danza de los mecos y de los matlachines solo era para hombres, no había equidad de género en todos los ámbitos y no sabíamos que teníamos que aprender a hacer valer nuestros derechos como mujeres.

Mientras tanto, en la escuela avanzaba hasta el primer grado de secundaria en donde, quizás, no era la más inteligente, pero sí la más astuta, participativa, dinámica, creativa, perseverante. Con mucho ímpetu logré un primer lugar de aprovechamiento y gané un diploma. El segundo año, de igual forma, las mismas ganas, para así quedar como abanderada y en tercero tener el honor de estar en la escolta por un año. No a todos les parecía: algunos compañeros estuvieron contentos, algunas envidiaron el lugar que yo tenía. Esto ocasionó que cometieran *bullying* y discriminación hacia mi persona; no me dejé, no les di la oportunidad de ser objeto, al contrario, les demostré que valía como cualquiera de ellos, con o sin dinero, bonita o fea, gorda o flaca, morena o güera. Valíamos por igual y algo que me caracteriza es defenderme de cualquiera que quiera hacerme daño, sabía que tenía que cuidar mi integridad, hasta que por fin culminé la secundaria y busqué un nuevo nivel educativo.

Dos días después de la clausura de la secundaria cumpliría mis 15 años, fue un día normal, no pasó nada que lo hiciera diferente, solo la comida de mole que mi mamá preparó para celebrar los dos acontecimientos, posteriormente saldría de casa a buscar un nuevo horizonte.

Terminar una etapa en la vida era como aprender a volar del nido, no me sentía capaz de desenvolverme en una ciudad, Huejutla, que no era tan grande pero para mí lo era. Este municipio, que me diera paso a estudiar la prepa, significó el vivir en un lugar diferente, un cambio drástico y un giro por completo. No estaba acostumbrada a ver muchos carros, ni a caminar por las calles y cruzar un semáforo, cocinar en estufa, comer tortillas delgadas salidas de un fierro extendido enorme y no del comal de barro.

Tendría que olvidarme un poco de mi lengua materna, no había con quien hablarla lejos de mi pueblo, de mi familia; pero al fin tenía que ir en busca de una superación, que sentía muy difícil por la falta de recursos. No me vencí, hice lo que fuera para realizar mis estudios, desde trabajar en cocina, en una taquería o vender productos por catálogo para poder sostenerme. Ya que éramos seis hermanas y todas queríamos salir adelante y nuestros padres difícilmente podían con los gastos, desde ese día supe que me tenía que valer por mí misma, estudiar y trabajar. En la escuela ya no rendía al cien, el trabajo me quitaba tiempo para el estudio, pero también sabía que si no trabajaba no habría preparación.

Con calificaciones no tan excelentes pude culminar la preparatoria, que, por cierto, no me acuerdo si mis padres estuvieron en la clausura de cursos porque ya no era tan importante que *Sittali Uexnemi* siguiera sus estudios; no les alcanzaba para mantener la escuela, tenía que buscar otra alternativa, hasta que la solución fue realizar un servicio social educativo en CONAFE. Trabajé en una escuela indígena para poder ganar una beca, atendí a niños de 6 a 11 años de nivel primaria y así continué estudiando la universidad.

Realizar este servicio fue un aprendizaje más, fue como regresar a casa, comer las ricas tortillas del comal, comunicarme en mi lengua. Independientemente de cumplir con una responsabilidad, me sentía como pez en

el agua, identificada con la gente, el campo, la comida; en fin, la vida en un pueblo, donde se dieron muchas experiencias y aprendizajes como el perder el miedo de hablar en público, solucionar los problemas que resultaran, llevar acabo las reuniones con personal de presidencia para gestionar las necesidades. Como problema principal fue que no había luz eléctrica, calles pavimentadas, servicios de salud, o por lo menos ver una tienda, nada de eso. Las muchas carencias hicieron que en ese momento dejara de ser la mujer que solo miraba los problemas, pero ahora en ese lugar yo era la maestra, la autoridad educativa, con la que todos acudían por cualquier situación que hubiese en la comunidad. No solo dar clases a niños día y noche para que salieran de ese rezago educativo en el que vivían, sino una persona en la que podían confiar y tenían toda la ayuda.

Lo curioso es que, a pesar de ser una comunidad indígena, había niños inteligentes que aprendían a leer y a escribir con una velocidad al grado de querer comerse al mundo en un día. Aún recuerdo la carita de Alonso, un tierno niño de primer grado, que solía hacer un montón de preguntas.

Fue una experiencia maravillosa el dar clases en náhuatl y sentirme satisfecha de que, a través de mí, hayan aprendido 19 niños a subir de nivel educativo y que las mujeres de esa comunidad dejaran la timidez a un lado para que ellas pudieran conocer un poco sobre sus derechos, reforzar sus costumbres y tradiciones, esas fueron unas de las tantas labores que pudimos realizar.

Terminé los dos años de mi servicio, una vez más regresé a la ciudad para continuar mis estudios en la universidad, pero ahora con una beca que había ganado: novecientos pesos mensuales, era mucho, pero a la vez muy poco, no alcanzaba para cubrir la renta, la comida, los materiales necesarios para las prácticas, tenía que hacer algo más, así que me puse a trabajar por solo unas horas, ya que la escuela no me lo permitía por más tiempo, me absorbía.

Esta ocasión ya fue más complicado, no pude avanzar mucho, las actividades eran cada vez más pesadas, así como el vivir a diario pensando qué voy a comer o cómo le haré para pagar la colegiatura; en fin, hasta llegar al punto de tener una anemia por el desorden alimenticio que propició la salida o receso de estudios.

Una vez recuperada me dediqué a trabajar queriendo retomar mis estudios que nunca pude lograr. En mi mente solo cruzaban dos palabras: “mujer fracasada”. No me perdonaba haber bajado las manos para luchar por un sueño, quizás los consejos de papá y mamá hicieron falta.

Ese espacio no lo podía cubrir nada ni nadie, no pude encontrar mejor cobijo que la de mi pareja; tenía en él a la persona que me entendiera y en algún momento me diera un espacio en su vida, quizás el refugio que no encontré en la familia, en mis padres principalmente. Coincidimos en muchas cosas, como el salir adelante sin tener lo suficiente económicamente, y con las mismas ganas de hacer algo en la vida.

A mí me seguía el espíritu indígena, mis raíces. Aparte de formar una familia formé un grupo de danza autóctona en la que, con los recuerdos de niña, practicaba los pasos y los cantos. Llegamos a mudarnos a su pueblo en donde realicé muchos cursos en instituciones que daban valor curricular, cursos como el de informática, zumba, movimiento corporal, elaboración de proyectos, etc. Me dieron paso y abrieron las puertas para poder desempeñarme en un trabajo, teniendo la primera oportunidad en presidencia como secretaria en el municipio de Yahualica.

Posteriormente en presidencia de Huautla, mi pueblo, una vez que regreso, continué con la misma iniciativa de formar otro grupo de danza autóctona para rescatar nuestra identidad y seguir con los cursos de empoderamiento. Solo que, en esta ocasión, también en un ambiente político sin dejar mi esencia como indígena, el hablar la lengua me permitió desarrollarme fácilmente, conocer más de cerca las comunidades, trabajar con las mujeres de la mano, llevar mis conocimientos y compartir con ellas lo poco o mucho que sabemos hacer, que, por cierto, he omitido algo que también me dio la pauta en poder desempeñarme laboralmente como instructora: el saber bordar y que me encanta poder transmitir ese conocimiento hacia otras mujeres; en la mayoría de las veces era solo por entretenimiento y no por ganar, simplemente mi deseo de ver a las mujeres, que al igual que yo, tenían que luchar por sus hijos, buscar diferentes actividades que pudiéramos aprender y así emprender.

Me gusta ver que las mujeres indígenas puedan valerse por sí mismas, que busquen alternativas. Algo que me caracteriza es que no me gusta depender totalmente de mi pareja. En el 2018 se me dio la oportunidad de laborar en el Instituto Nacional de Educación para Adultos, INEA, desempeñándome como técnico docente, regresando a las comunidades, pero, esta ocasión, buscando a personas adultas que desearan terminar su nivel primaria y secundaria en el programa indígena.

Una vez más me identifiqué con la gente, me llamó mucho la atención la similitud de las actividades a realizar, el trabajo con la educación, practicar y rescatar las costumbres y tradiciones, manejar nuestra lengua indígena, llevar talleres de salud y que, a partir de ahí, aprendieran a leer y a escribir, que era lo más importante.

Trabajar de cerca con la gente de las comunidades ya no solo me permitió cumplir con mi trabajo sino seguía en mí el espíritu de servicio social, ayudar a la gente, extenderle esa mano que tanto necesitaban. Principalmente, a mis hermanos indígenas, darles a conocer sus derechos, dar discursos sobre la violencia de género en escuelas a grupos de mujeres de la región Huasteca. La gestión fue la principal herramienta para poder satisfacer algunas necesidades que padecían, la empatía y la sororidad me permitía impulsarme y motivarme para alcanzar el éxito.

He logrado certificarme como traductora en lengua náhuatl, el reconocimiento de las autoridades de que hay alguien que lucha a diario junto con sus hermanos indígenas me llevó a querer avanzar más, proponiéndome metas. Una de ellas es estar en el Congreso de la Unión, tomando la tribuna y expresar nuestro sentir para que seamos escuchados. El 23 de marzo del 2022 se me dio esa oportunidad de expresarme en lengua indígena. Ser portavoz no fue tan fácil porque de mí dependía de que todos fueran escuchados.

A lo largo de los años caminé junto a varias mujeres, algunas nos identificábamos, unas guerreras aún más, algunas me encaminaron para poder llegar a lo propuesto; unas solo observaban y otras se valían de las críticas y descalificaciones. No me detuve y así he tenido la iniciativa de organizar

diferentes eventos culturales en el lugar donde vivo: el carnaval, el Xantolo, las fiestas tradicionales, que mi pueblo las va olvidando, y que hoy le hemos dado un poco de vida. Así como hay hombres que nunca dejan avanzar a las mujeres, la difamación y discriminación es su arma para destruir, pero nunca me he rendido. Cada día que pasa si me avientan una piedra la cacho y solo yo sé para qué la puedo usar, tanto me puede lastimar o ser utilizada para construir una casa; es un arma que tengo para seguir en esta lucha en donde, a veces, no lo hacemos intencionalmente pero las cosas se dan por si solas.

El 12 de octubre del 2022 recibí el reconocimiento “Martha Sánchez Néstor”, otorgado por el Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas, INPI, fue la primera edición del mismo para la promoción de los derechos de las mujeres indígenas. Fui una de entre las 20 mujeres indígenas de todo el país. Este reconocimiento me da más responsabilidad para trabajar con las mujeres, con nuestros propios medios... como siempre lo habíamos hecho. Muchos pensaban que obtenía un sueldo por lo que empezaron a crear especulaciones. No me afectaban en nada, yo seguí trabajando, dando cursos de bordado, de zumba, las pláticas a mujeres sobre sus derechos, talleres de elaboración de coronas, en fin, todo lo que se me venía a la mente y que podía desarrollar. Participar y apoyar en el rescate de las danzas autóctonas, acompañar a los grupos de mujeres en sus presentaciones, es lo que más me gusta hacer.

Promover el rescate de nuestras raíces, integrarme a sus ritos, promover sus bordados y, claro, a quien no podía, enseñarle, porque siempre se les dio la oportunidad de aprender. Para eso contaban con una maestra. Pude demostrar que no solo hablar sino bordar, era también una pasión y tuve la oportunidad de participar en un concurso de elaboración de artesanías. Mi producto: una blusa bordada en punto de cruz, un bordado tradicional con el que me llevo mención honorífica a nivel regional. Una práctica que traigo desde que mi mamá me enseñó a bordar y por la que me siento orgullosa de poder elaborarla; en esa ocasión, de igual forma, representé a las mujeres que nunca les habían dado el valor de ser artesanas, porque a las prendas que elaboran no les dan precio justo.

Llevar la voz de las mujeres en cualquier parte me llena de entusiasmo, participando en diferentes medios para promover sus derechos, aprovechando las invitaciones. Por mencionar una: la charla que se llevó a cabo el 25 de noviembre en la campaña “Únete” que organizó la CEDSPI (Comisión Estatal para el Desarrollo Sostenible), participando con otras mujeres indígenas, que de igual forma, llevan la lucha por los mismos derechos desde sus orígenes.

El 2022 fue un año de muchos retos, como el de dar a conocer también nuestra gastronomía tradicional. Esto no para aquí. Decía un amiga: “oye, eres una cajita de sorpresas”, no tanto así, pero si “un estuche de monerías”, por lo que también me gusta la cocina principalmente la que nos enseñaron nuestras abuelas.

Esos platillos tradicionales que conforme pasa el tiempo seguimos preparando con mucho amor y que, día a día, damos a conocer al mundo entero, una magnífica experiencia el poder compartir en el año 2021 ante chefs de todo el mundo un platillo representativo de nuestro pueblo: “el mole”. A partir de esa fecha hemos aprovechado diferentes espacios y lugares, así como en otros municipios y estados para promover no solo el rico mole huasteco, porque hablar de comida tradicional es como hablar del mar. Es tan inmenso, hay infinidad de platillos o recetas, por mencionar algunos: los bocoles, empanadas, los tamales de diferentes colores y sabores, las enchiladas huastecas (famosas por su rico sabor y color), etc.

Seguiremos cocinando para motivar a más mujeres y que nuestras comidas tradicionales se conserven. Valorar nuestras riquezas y promoverlas han sido un reto enorme, desde bailar una danza autóctona, cocinar tradicionalmente, bordar, hablar en lengua indígena, promover los derechos de las mujeres. Ser intérprete de lengua indígena al español y viceversa me ha llevado a participar, a conocer y aprender aún más sobre los temas que a diario nos aquejan.

En marzo de este año recibí la invitación para participar en el segundo simposio nacional “Diálogos para el ejercicio de los derechos de las mujeres indígenas y afromexicanas”, en San Pedro Mártir, Oaxaca, que el INPI nacional organizó; en donde más de 100 mujeres de todo el país tuvimos a bien discutir los

derechos con interculturalidad transversal. Emocionada y a la vez con mucha impotencia de escuchar muchas experiencias sobre violación de los derechos de las mujeres indígenas, me sentía indefensa, pero, a la vez, cobijada por muchas, la empatía y sororidad una vez más nos acompañaba a cada una de nosotras.

Nos escuchábamos como discos rayados repitiendo una y otra vez nuestras vivencias, no podía faltar la frase “eso también me pasó a mí”, “eso ya lo viví”, historias de mujeres que coincidían. Pudimos conocer, aún más, para entender, saber y seguir apoyando desde nuestras trincheras a todas las mujeres indígenas que lo necesiten. Hoy me siento orgullosa de ser indígena y hablar la lengua náhuatl, como lo vuelvo a repetir, es mi lengua materna, con la que me comunico y expreso todos los días desde mi niñez.

El participar en actividades culturales con mi padre me dejó mucha enseñanza. Él, fue músico tradicional, tocando la jarana y la huapanguera, que lo acompañaban. Esto me motivó a seguir sus pasos, con su vivencia y experiencia aprendí lo que hoy en día quiero seguir rescatando y manteniendo en mi pueblo. Me refiero a mi pueblo no solo como el lugar que me vio nacer sino a mi municipio, mi estado y mi país.

Un pasaje o momento de mi vida que no quiero dejar desapercibido fue que, en el 2020, un partido nos dio la oportunidad de representar la suplencia de su candidata: una fórmula de mujeres con la cual vivimos muchas experiencias, algunas maravillosas otras con un amargo sabor de boca. Mi compañera de fórmula: una maestra preparada, con profesión y yo, una mujer indígena que conocía las necesidades de la gente. Quizás no fue el momento justo ni el lugar exacto para competir.

Las visitas, las pláticas con la gente, las reuniones a tales horas de la noche, levantarse temprano, dormir tarde, no comer a las horas, en medio de una pandemia. Todo esto complicó los resultados: la gente dejándose llevar por la burocracia y negociaciones, un mundo de descalificaciones y mentiras.

Y no faltó la violencia de género, las redes sociales a su máximo esplendor con noticias falsas. Jamás imaginé que hombres preparados, con capacidad de pensar (muchos de ellos decían ser nuestros “amigos”), nos hayan tomado de la

peor forma. Éramos dos mujeres que teníamos sueños, como el de ver a nuestro municipio salir adelante, que las políticas públicas llegaran a las comunidades...

Solo fue un sueño, porque pudo más el dinero que la razón y, con profunda tristeza e impotencia, vimos caer a nuestro municipio en manos de una persona que lo vendió, pero lo que no cambio por nada es el cariño y la amabilidad de la gente hacia mi persona. El compartir nuestra identidad nos acercó mucho más a la gente, para poder luchar junto a ella, no obtuvimos los resultados que queríamos y que veíamos, nos quedamos con la ilusión de seguir avanzando, con las mismas ganas, con las mismas propuestas o metas de ver a mi pueblo como siempre lo he soñado: un lugar diferente, hermoso en el que podamos vivir tranquilos con la familia, sin temor de que un día nos pase algo.

Esta historia no termina aquí, yo, *"Sitlali Uexnemi"*, seguiré escribiéndola mientras Dios me preste vida. Como madre de dos hijos daré lo mejor de mí para que un día se formen como buenos profesionistas, que obtengan lo que yo no pude obtener: una profesión. Quiero terminar con esta frase que me ha seguido a lo largo de mi vida y que, cada vez que siento que ya no puedo, me hace levantarme: *"Confía en ti mismo, sabes más de lo que crees que sabes"*.

La metamorfosis de la oruga

María Eugenia Velásquez Trejo

DEDICATORIA

A todas las mujeres que han sufrido un tipo de violencia.

A mis abuelas que sufrieron diferentes tipos de violencia.

A mi madre que sufrió violencia.

A mis hijas que deseo que no vivan violencia.

Recuerdo caminar por esa avenida en dirección a la escuela, había una gran construcción que se estaba llevando a cabo, sería un gran hospital, había mucha expectación sobre este hospital que tanta falta hacía en mi pequeña ciudad donde radicaba, al pasar por enfrente de él, me dije a mi misma, que algún día yo trabajaría en ese hospital, estaba segura de que así sería.

Pasaron los años y regresé de la capital, mis estudios de especialidad habían terminado. Regresé a mi hogar con muchas ilusiones y esperanza de ir a ese hospital donde tiempo atrás yo me había dicho, que algún día regresaría para trabajar ahí.

Con paso decidido y firme entré al hospital con todos mis documentos y un sinfín de esperanza, pero también con gran necesidad de un trabajo pues en mi vientre se gestaba mi primera hija con tan solo dos meses.

Me dirigí a una mujer que estaba sentada tras un escritorio junto a una oficina que tenía un rótulo y decía "DIRECTO". Le expliqué el motivo de mi visita, a lo que ella sin voltear a verme me dijo, "no estamos solicitando personal, la plantilla está llena", aun así le pedí hablar con el director, a lo que ella se negó, aludiendo que estaba ocupado. Le dije que regresaría a la mañana siguiente.

Al siguiente día nuevamente regresé al hospital y nuevamente la secretaria me negó el acceso para hablar con el director, y así por los tres siguientes meses retorné al hospital queriendo hablar con el director o el administrador, negándome siempre el acceso; me preguntaba por qué esta mujer siempre me negaba el acceso, ella era mujer, tendría que ser empática con otra mujer, pero no fue así. Para entonces ya tenía cinco meses de embarazo, ya se notaba mi vientre, y ella

misma –la secretaria del director– me dijo que me fuera, que ya no regresara, que me fuera a parir y que después se vería si el director me podía recibir.

A lo que le contesté que trabajaría con las manos y mis ojos, que mi embarazo no me impedía trabajar, ella respondió que no se recibían mujeres embarazadas para trabajar. Esto lo consideré un acto de discriminación y me causó mucho enojo, pero en esos años la violencia hacia la mujer no estaba contemplada, tuve que callarme y esperar a que naciera mi hija para nuevamente regresar a los seis meses, pero en esta ocasión ya no me dirigí a la secretaria, busqué al jefe del servicio del área de donde yo sabía que podía desempeñarme, y una vez estando en su presencia, le expliqué el motivo de mi visita, tuve la fortuna de causarle buena impresión, pues los estudio que yo había realizado, los había hecho en el mismo lugar que él, no dudó en ayudarme para que fuera contratada, pues él tenía la necesidad de un profesional con mi perfil en el área que dirigía. Realmente me sentía feliz lo había logrado, empezaría a trabajar para lo que tanto había estudiado, y así inicié mi vida laboral en ese hospital, siendo muy joven, con una hija, un matrimonio y muchas necesidades económicas.

Cuando se es tan joven no dimensionas todo lo que vas a enfrentar, tanto en tu vida laboral como la familiar, mis primeros años de trabajo, fueron desafiantes, pues había que atender una niña, un hogar y salir a trabajar, pero también fueron años de muchas satisfacciones. Mi primer jefe el “Dr. P.C.X.” realmente fue un hombre que tenía el don de la enseñanza y siempre el deseo de mejorar el servicio y dispuesto a escuchar cualquier observación o propuesta de mejora al servicio. Mi carácter inquieto y mi habilidad de observadora, siempre me ayudó para proponerle varias mejoras a la dinámica del trabajo como al mismo servicio. Participamos en la capacitación de muchos jóvenes y también se realizaban sesiones en los diferentes departamentos con fines educativos y formativos. Fue una buena época, realmente me sentía feliz y satisfecha, pero esta temporada de oro, se acabaría muy pronto, para entrar en una faceta de obscuridad.

Fue un lunes que estando en mi lugar trabajando ingresó un hombre al servicio, él era médico, lo conocía, pues era conocido de mi esposo y habíamos

coincido en algunas ocasiones ejercitándonos en el estadio, dónde un sin número de personas todas las mañanas se reunían a correr.

Cuando entró y me vio, me habló con prepotencia y desprecio hacia mí y mi trabajo, diciéndome lo siguiente ¿usted está aquí?, a modo de sorpresa, ¿qué hace aquí?

Usted está realizando un trabajo que ya es obsoleto, lo que usted hace ya no sirve, ya hay nuevas técnicas, a lo que yo le contesté, obsoleto o no es lo único que tiene la mujer mexicana para detectar el cáncer cérvico uterino, pues ni yo, que trabajo y percibo un salario tengo para pagar ese tipo de estudio, se siguió de frente ignorando mi respuesta. Este hombre que había ingresado al servicio con esa actitud despreciativa hacia mi persona y mi trabajo sería mi jefe, el “Dr. L.L.L.”

En los subsecuentes días, semanas, meses y cinco años, sería un interminable martirio llegar a mi trabajo, y aunque amaba mi hospital, amaba mi trabajo porque me sentía útil y realizada, cada mañana caminar por los pasillos y dirigirme hacia mi departamento, dónde tenía que pasar por la morgue donde frecuentemente había cadáveres en refrigeración, al cruzar por ese lugar siempre me decía, “los muertos no son capaces de hacer daño, los vivos sí”. Entraba a mi oficina como cada día, para ser blanco del acoso laboral de mi jefe, donde no perdía oportunidad para menospreciarme y minimizar mi calidad profesional. Pero cuando se es tan joven y solo deseas trabajar sin ocasionar problemas, pues deseas conservar tu trabajo, que es el único sustento de tu familia, no quieres ocasionar problemas y tampoco deseas entablar una lucha de poder. Inició por sacarme de mi oficina y colocar mi escritorio en un lugar que tenía que compartir con otras personas, no dije nada ni me incomodé, al ver que no había logrado su propósito de hacerme enojar, me volvió a cambiar de lugar, ahora me cambió compartiendo otro cubículo con otra compañera (X.A.M.), a la que tenía bien aleccionada para hacer un ambiente hostil, iniciando la jornada con música a todo volumen, que tenía que soportar, dificultando la concentración en mi trabajo, era en vano que yo le pidiera que le bajara el volumen, después me quitó la mitad del trabajo que yo procesaba, diciendo que yo no tenía el perfil académico para ver

ese material, y nuevamente al ver que no me incomodaba y no respondía, volvió a arremeter conmigo, dándome la indicación que todo el trabajo que se acumulara durante mi periodo vacacional se me guardaría para que a mi regreso lo viera.

Con frecuencia había festejos en el departamento por cumpleaños o cualquier otro motivo o simplemente se reunían a desayunar todos alrededor de la mesa del jefe, reuniones a las que nunca fui invitada y mis compañeros se unían a esa actitud hostil del jefe, fueron un sinnúmero de festejos a los que nunca fui invitada, realmente me sentía excluida y triste de vivir esta situación. Así pasaron varios años, siempre callada y sin responder a las agresiones laborales del jefe. Era un hombre fácilmente influenciado y daba crédito a todo lo que le decían, lo que me ocasionó otro sin número de problemas. Una mañana recién había entrado a mi servicio, me mandó llamar; al estar frente a él, solo me dijo, que la “Dra. S.S.” se había quejado de mi pobre desempeño en la reunión que habíamos tenido el día anterior. Me pareció extraño pues yo conocía a la doctora y sabía que era incapaz de hablar así a mis espaldas. No respondí nada, solo me di la media vuelta y salí, pero posteriormente hablé con la doctora para preguntarle si había hecho algún comentario hacia mi persona con mi jefe, a lo que ella respondió que no. Sabía que así había sido, pero tenía que verificar. Pero una vez que supe que era mentira, lo encaré y se sintió avergonzado al verse descubierto, pero furioso al dejarlo en evidencia. Así transcurrieron varios años, siempre siendo objeto de su misoginia.

Dentro de mis actividades, una vez que yo terminaba mi trabajo, éste era sometido a un doble control de calidad, que por norma se debería hacer, eso ya estaba dentro de las actividades a realizar y no había inconveniente, pues la norma oficial así lo indicaba.

Ese día fue de muy poco trabajo, solo me asignaron los estudios de 12 pacientes, terminé mi trabajo y se lo asigné a la “DRA. A.H.L.” para que realizara el control de calidad, cuando me regresó el trabajo me quedé sorprendida, mis diagnósticos no coincidían con los de ella, según sus criterios todas eran pacientes que tenían cáncer, y no satisfecha, ella se los mostró al “Dr. Y.L.” y al jefe, y los tres coincidieron que todos los estudios que había revisado y pasado a

control eran positivos a cáncer. Años después supe que se habían puesto de acuerdo, mis compañeras con el jefe para buscar un motivo para que fuera despedida y mi lugar fuera ocupado por otra persona incondicional de ellos.

Y con esos falsos diagnósticos que avaló el jefe me levantó un oficio acusatorio que giró a todo el hospital y a Recursos Humanos para que quedara el antecedente de mi “ineficiencia” según su criterio. Fue una bomba, no podía creerlo, ni siquiera permitió que se discutieran al interior del departamento para llegar a un acuerdo y yo plantearle mis criterios que me llevaron a dar el diagnóstico, pues yo los había interpretado como negativos a células malignas. Siempre se realizaba así, cuando había alguna discrepancia en el diagnóstico, se sesionaba y se discutía el caso, hasta llegar a un acuerdo y dar el mejor diagnóstico y el más acertado para la paciente, pero en esta ocasión no fue así.

Había yo soportado muchas cosas, pero este oficio donde se me acusaba de ser un peligro para las pacientes y que solicitaba alejarme de mis funciones por incompetencia, fue la bomba que cimbró mi vida.

No hubo ningún compañero que abogara por mí, no hubo empatía, ni apoyo de nadie, ni de mis compañeros, ni de mi esposo, ni de parte del sindicato, a donde fui a exponer la situación.

Mi título profesional, mis certificaciones, mi curso en Japón, –pues había sido becada por el gobierno japonés– los múltiples cursos a los que había asistido y mi experiencia laboral no eran nada ante la misoginia de este hombre. Me sentí tan vulnerable y esta situación me ocasionó insomnios y un estrés tremendo; en múltiples ocasiones no respondí a sus agresiones, por mi necesidad del trabajo, mi carácter tranquilo y la falta de conocimiento, así como de apoyo, todo ello me hizo quedarme callada por mucho tiempo. Pero a la vez, esto provocó el despertar de mi letargo, el sacudirme del temor y prepararme para responder, pues había sido la gota que derramó el vaso de agua y tras cinco años de acoso laboral, por fin desperté y me dispuse a defenderme, había tocado mi prestigio y calidad profesional, así como mi dignidad y respeto que merecía, pero tendría que defenderme con inteligencia, pues me estaría enfrentando a mucha gente del

gremio médico, que suelen cubrirse las espaldas entre sí y a un sindicato vendido que lo que menos hacía era defender al trabajador, estaba sola en esto.

Esa noche estaba triste sin saber a quién acudir, pensé cómo iba a responder. Lo primero que decidí, era llevar todos esos estudios a revisión, en el mismo lugar donde me había formado y que era un instituto de muy alto nivel y con reconocimiento a nivel nacional, sin que nadie supiera nada, sustraje esos estudios, y me dispuse a ir a la ciudad de México. Llegué al Instituto y me dirigí al laboratorio y como tenía amistad con todos ellos, les pedí que me revisaran las 12 laminillas. Tras la revisión me dijeron que eran negativas a células malignas que mis diagnósticos estaban correctos. Pero que no podían dármelo por escrito, pues generalmente cuando ocurría algo semejante a lo que me estaba pasando, el hospital debía solicitar en forma oficial, el control de calidad externo y emitir su diagnóstico, pero se debería hacer en forma oficial. Con esta información y segura de mis diagnósticos, regresé a mi ciudad para preparar el oficio con el cual empezaría mi propia defensa. Pero este primer oficio no solo lo giraría a todo el hospital donde laboraba, también lo giraría directamente al Secretario de Salud, el problema lo sacaría del hospital y pondría a mi jefe en evidencia.

En este oficio expuse que se me estaba acusando injustamente de emitir diagnósticos equivocados afectando de esa manera a la pacientes, por lo que solicitaban retirarme de mis funciones, exigí que se realizara un control de calidad externo por una institución reconocida a esos 12 estudio –de los cuales se me estaba acusando–, mi jefe nunca pensó que respondería y de la misma manera que yo recibí su oficio acusatorio, él recibió mi oficio dónde veía que también lo había recibido el Secretario de Salud: se quedó helado, la guerra había empezado.

Después de varios días, respondieron a mi oficio, al director de mi hospital le llamaron la atención y le pidieron que resolviera de forma inmediata este problema.

Pero lo que no sabían era que mi jefe y el director los unía un lazo familiar, pero ante tal panorama exigí al director este control de calidad externo, en un inicio se enviaron las laminillas a un hospital regional, dónde me inconformé, pues

la norma oficial marcaba que el control de calidad externo lo tendría que hacer un hospital de mayor nivel al hospital emisor. Pero era evidente que el director no haría nada a mi favor. Pero cuando llegó el veredicto dónde siete médicos habían revisado las 12 laminillas y todos los diagnósticos estaban a mi favor, mi jefe se enojó y se inconformó, pidiendo que nuevamente se llevara el control de calidad externo pero en esta ocasión por el INC, hospital dónde yo me había formado y dónde yo había llevado las laminillas a revisión, pero él ignoraba que yo ya las había llevado a su revisión. Y en esta ocasión ya siendo de carácter oficial, el INC emitió su veredicto. Cuando llegó en forma oficial el veredicto y al darse cuenta de que los diagnósticos estaban a mi favor, el director el “Dr. B.O.” escondió el oficio, pasaron dos semanas y no se me hacía entrega del veredicto, se negaba a recibirme. Cuando fui por tercera vez le dije a su secretaria que, si no me recibía ese día, saliendo de mi jornada laboral iría directo al diario de Xalapa a exponer la situación y hacer evidente el acoso laboral y misoginia que se vivía al interior de ese hospital.

Con esta amenaza inmediatamente me recibió, le exigí una copia del veredicto emitido por el INC, pues sabía que ya lo había recibido, no le quedó de otra que darme una copia.

En ese momento tenía en mis manos una prueba de la persecución y acoso laboral en mi contra por parte de mi jefe el “Dr. L.L.L”.

¿Que merecía para resarcir el daño ocasionado, que merecía por todos esos años de acoso laboral, que merecía para limpiar mi nombre? En ese momento lamenté no haberme defendido desde un principio, lamenté mi letargo, mi falta de carácter y hasta mi temor.

A lo largo de todos esos años que el “Dr. L.L.L.” estuvo en la jefatura, pude ser testigo de todo el daño que hizo a varias personas, así como encubrir negligencias y errores médicos, su continuo robo hormiga, permitir faltas administrativas de mis compañeros, ser injusto y servirse de su jefatura para beneficiarse de múltiples formas. Pero la vida le cobraría todo lo malo que había actuado en mi contra y en contra de otras personas, lo pagaría con lo que más amaba en el mundo: su hijo.

En ese momento en el salón de reuniones del director, junto con el administrador, la jefa de recursos humanos y un representante del sindicato que no habían hecho absolutamente nada a mi favor hasta ese día, nos reunimos para finiquitar mi situación y darle fin. Mi jefe no se presentó, me preguntaron que quería para ya darle carpetazo al asunto. Llevaba una lista de peticiones, la primera era la extracción de mi expediente de todos los oficios que a lo largo de estos cinco años el "Dr." me había girado, incluyendo el último y del cual se había suscitado toda esta situación; la segunda, el cese a su hostigamiento laboral; la tercera: que fuera destituido de la jefatura y cuarta: que fueran buscadas las 12 mujeres a las cuales él las había diagnosticado con cáncer cérvico uterino y no era así, para darles así su real diagnóstico y el correcto tratamiento.

Pero como entre batas se cubren, solo las dos primeras me fueron otorgadas, nunca supe qué fue de esas 12 mujeres mal diagnosticadas por él. Su acoso laboral cesó, ese día al término de la reunión, me dirigí a su oficina, y con actitud firme y decidida solo le dije en forma amenazante, que fuera la última vez que él me levantaba un oficio de esa magnitud, que yo no era su amiga, pero tampoco su enemiga; que yo solo deseaba trabajar y realizar mi trabajo con la mayor calidad y ética profesional y confiabilidad, que la próxima vez que me levantara un falso y girara un oficio en mi contra, nos veríamos afuera, en la fiscalía con mi abogado.

Las doctoras que también estuvieron involucradas en este falso testimonio en mi contra, optaron por irse del hospital, a mi compañera que ponía la música a todo volumen la puse en su lugar amenazándola que si volvía a levantar un falso en mi contra con su lengua de víbora, la llevaría ante el jurídico y ella saldría perdiendo, le marqué los límites y nunca más volvió a meterse ni levantar un falso contra mí.

Mi jefe fue premiado por eso, el director y familiar de él, le otorgó una base cuando era personal de confianza, así es la justicia en este país, entre hombres se protegen.

Base que solo trabajó por cinco años, sufrió un infarto terminando ahí su vida.

Hoy a tantos años y recordando ese pasado difícil, veo que eso me sirvió para darme cuenta de que soy fuerte, que soy valiosa, que soy buena en mi profesión y que eso fue el motivo por el cual desperté la misoginia de este doctor, pues siempre fui un desafío para él. Esta situación me enseñó también a ser fiel conmigo misma, a defenderme, a no quedarme callada, a exponer mi opinión sin importar lo que piensen los demás, a poner límites a las personas, nadie me enseñó a defenderme, la vida me orilló a aprender, la vida me enseñó a amarme, la vida me enseñó a no ser lo que tanto desprecio, soberbia e injusta.

Soy una mujer, antes de ponerme mi bata blanca y caminar por ese pasillo, saludar a los muertos, entrar a mi oficina y saludar a los vivos.

Que no olvida que fue una oruga que sufrió una dura transformación, pero que hoy se ha convertido en la mujer mariposa, en una mujer libre como una mariposa.

Se acerca el día, de irme de este hospital, llegó mi tiempo, toda una vida laborando en este lugar, años de mucho trabajo y muchas vivencias, pronto me iré, pero deseo que las generaciones siguientes estén libres de esta violencia, sea cual sea. Pues, así como yo sufrí acoso laboral, hay compañeras que han sufrido acoso sexual. Y todas y cada una de nosotras ha tenido que aprender a defenderse. Desearía que en cada institución o ámbito laboral existiera un departamento jurídico exclusivo para defender a la mujer. Ese sería un gran paso en la defensa de la mujer. Aplaudo que hoy hay tanta difusión donde se da a conocer todos los tipos de violencia hacia la mujer, en aquellos años no había la conciencia de que éramos víctimas de violencia por diferentes personas de nuestro entorno. Hoy, así como las mujeres nos estamos transformando, así una sociedad, pero falta mucho por andar y cambiar. Hoy ya no soy más oruga, hoy soy una mujer fuerte y valiente que en su aparente fragilidad esconde una gran fortaleza.

Cuidado de la edición:
Lic. Maricela Fonseca Larios
Centro Virtual DEMAC
Agosto, 2023